

Título La Cultura Posmoderna Favorece la Fantasía de Libertad, pero no la Autonomía Económica del Adolescente Tardío

Tipo de Producto Informe Técnico

Autores Barimboim Diana; Bonelli, Alicia & Calero, Analía

Código del Proyecto y Título del Proyecto

A13S23 - La Cultura Posmoderna Favorece la Fantasía de Libertad, pero no la Autonomía Económica del Adolescente Tardío

Responsable del Proyecto

Barimboim Diana

Línea

Configuraciones Familiares, Estudios de Género y Sexualidad

Área Temática

Psicología

Fecha

2014

INSOD

Instituto de Ciencias Sociales y Disciplinas
Proyectuales

UADE 

Síntesis de la ACYT (2013/14) preparada para los alumnos de la Carrera de Psicología: Asignatura Psicología Social

LA CULTURA POSMODERNA FAVORECE LA FANTASÍA DE LIBERTAD, PERO NO LA AUTONOMÍA ECONÓMICA DEL ADOLESCENTE TARDÍO.

Equipo de Investigación:

Dra. Diana Barimboim

Lic. Alicia Bonelli

Mag. Analía Calero

INTRODUCCIÓN:

Hemos realizado una investigación de campo en el Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad Argentina de la Empresa (UADE), con el objetivo de comprender el motivo por el que se desarrolla la adolescencia tardía en nuestra cultura. Se observó que si bien los jóvenes se consideran autónomos y libres para tomar decisiones propias en la vida, muchos de ellos, hasta casi los 30 años permanecen en el hogar paterno/materno. A partir de la toma de 300 entrevistas personalizadas semi-estructuradas a los siguientes grupos etarios: 250 a jóvenes entre 18 y 35 años y 50 a padres y 489 encuestas divididas entre: 340 jóvenes de 18 a 35 años y 149 a padres de jóvenes, en AMBA, clase media.

La nueva denominación de “adolescentes tardíos” junto a estas observaciones condujo a reflexionar sobre el vínculo entre padres e hijos de clase media y alta en la posmodernidad y comprender cómo se produce este cambio cultural que da como consecuencia la extensión del ciclo de la “adolescencia” en los jóvenes de hoy. La OMS, ha prolongado la edad de la adolescencia seis años, es decir, la que antes culminaba a los 19, ahora ya se extiende hasta los 25 años.

La adolescencia es una etapa evolutiva determinada a partir de factores culturales, Se torna difícil poner un límite de edad sin considerar el grupo social al que el joven pertenece. Así parece importante señalar que la investigación se encuadró al grupo etario mencionado, ya que en otras clases sociales, regiones de nuestro país, o países diferentes se podría hablar de una “adulthood prematura” (ej. trabajo infantil, niños en situación de calle, etc.)

Junto a estos adolescentes, se hallan padres cercanos a la edad de jubilarse que están más activos que nunca, debido a que aumentaron sus responsabilidades económicas respecto de los hijos ya crecidos que aún no se han ido del hogar, o que han vuelto después de una separación de pareja, que crían a sus propios hijos en el hogar parental, etc.

Los adultos pertenecientes a la llamada generación “sandwich” nacidos alrededor de los años 60, se hallan con obligaciones respecto a la generación anterior (cuidados de sus propios padres por la longevidad que se logra a partir del avance de la medicina) y la mantención de sus propios hijos y hasta de sus nietos.

Se intenta comprender qué es lo que retarda el despegue de los hijos con el consecuente fin de la adolescencia, para que estos jóvenes puedan convertirse en adultos responsables de su propia supervivencia.

Se define a la adolescencia como una etapa donde se consolida la identidad, el ser y el “hacer” del sujeto, los modos propios de alcanzar la madurez.

¿Qué es lo que ha provocado dicha prolongación? Para esto que realizamos una revisión bibliográfica que da cuenta sobre los cambios culturales que se produjeron a partir de mediados del Siglo XX hasta la actualidad y que impactaron sobre la subjetividad, los vínculos familiares, la institución familia y el lugar del dinero como objeto tanto erótico como tanático en la vincularidad.

La sociedad actual promueve como ideales el éxito, el placer inmediato, la juventud eterna y la fantasía de libertad. Criados en este contexto, los jóvenes han alimentado una creencia omnipotente donde se ha confundido la libertad, la realización inmediata de sus anhelos (consumismo) con la autonomía.

La imperiosa necesidad de satisfacción de sus deseos en un tiempo presente, responde a un funcionamiento psíquico infantil. Así es como regresan a una posición, donde tenían todos los derechos sobre las posesiones de sus padres y también todos los privilegios, sólo por ser, al decir de Freud “His majesty the baby”. Esta ilusión fue sostenida por los padres en los primeros años de vida del joven, y posiblemente ellos la han tomado como un “derecho adquirido” al que no están dispuestos a renunciar.

Se investigó también el rol de padre y su función, ya que pensamos esta problemática dentro del vínculo parento-filial. Los padres nacidos en la Modernidad han forjado una cultura del trabajo y del esfuerzo con ideales de libertad. Desde la proyección narcisista que todo padre realiza sobre su hijo, afirmamos que han deseado para él que no atravesase sus mismos sufrimientos (enfermedad, esfuerzos, renunciaciones, obligaciones excesivas). Esto ha generado tal vez, pequeños príncipes con derechos, de padres “esclavos”.

Por otra parte el ideal de juventud eterna que propone la posmodernidad, hace que tanto padres como hijos tengan dificultades para aceptar el paso del tiempo y sus vicisitudes. Es decir, al seguir teniendo obligaciones para con los hijos como cuando eran niños, no limita su propia omnipotencia, quedando el joven en un lugar infantil de carencia.

Se abordará así, un proyecto dentro del contexto de la psicología social y el psicoanálisis, realizando la articulación entre psique-cultura para reflexionar este fenómeno social/familiar característico de la época.

Deseábamos saber si la dependencia era sólo a nivel de la economía habiendo logrado un alto grado de libertad en otras áreas de sus vidas o si por el contrario esto implicaba un cierto grado de infantilismo en sus desarrollo comportamental. Por este motivo, se evaluó el grado de madurez alcanzado, el tipo de sostén que necesitan y ofrecen las figuras parentales tanto a nivel económico como afectivo frente a las dificultades que se les presentan en la vida cotidiana.

A partir de los resultados obtenidos en las encuestas y en las entrevistas semidirigidas, reflexionamos acerca del cambio de paradigma que surge en los vínculos padres/hijos en la sociedad posmoderna tomando en cuenta los siguientes ítems:

- a) la insatisfacción personal de los padres ¿origina una reparación ilusoria y narcisista en los hijos?
- b) El déficit de la autoridad paterna, ¿genera hijos más desvalidos y menos responsables?
- c) Las grandes exigencias laborales que sufren los adultos, ¿ocasionan una sobreprotección en los hijos, impidiéndoles crecer y madurar?

Dado que se trata de un fenómeno complejo, el mismo será abordado desde distintos ejes : el contexto actual posmoderno; la familia como escenario en el cual el fenómeno citado se inscribe, haciendo referencia a las transformaciones que han acaecido en el seno de la misma en los últimos años y la otra dimensión a tener en cuenta será los atributos de la subjetividad de los jóvenes y adultos de esta época, reconociendo que ambos pertenecen a mundos generacionales que poseen características diferentes en lo que refiere a sus metas, valores, estilos de vida e ideales.

Se realiza una reflexión sobre el vínculo intersubjetivo entre padres e hijos en la sociedad de clase media/alta de CABA (Argentina), cuyo efecto es una extensión de la etapa adolescente.

Se considera que la sociedad neocapitalista, genera sentimientos de desvalimiento y desamparo en los sujetos tanto adultos como adolescentes, ya que se halla regida por principios individualistas y hedonistas, cuyo valor primordial es el consumo. Con la globalización, las marcas operan como marcas identitarias que permiten a las personas pertenecer a ciertos grupos sociales, a diferencia de la modernidad, donde la identidad se forjaba en la tradición e historia de la familia de origen.

Esta nueva modalidad familiar conlleva a hogares donde conviven personas “adultas”, que guardan su propia independencia en sus decisiones pero, quedan bajo la hegemonía económica de los progenitores. Esto supone vínculos endogámicos primarios que aseguran, tanto a padres como a hijos, un lazo narcisista de reaseguro contra el desvalimiento, la extensión del período de la adolescencia y la consolidación del llamado “nido lleno”.

DESARROLLO

El resultado de la encuesta cuantitativa a 350 jóvenes da por resultado que el 52% recibe algún tipo de ayuda económica por parte de los padres. Por lo que corresponde a los padres, el 55% cree que sus hijos debieran independizarse alrededor de los 25 años, edad en la que tendrían que finalizar sus estudios. La mayoría plantea que no hay una edad fija para que se independicen económicamente, lo más importante es que se reciban, que formen una familia y que trabajen en algo que les guste. Queda en última instancia, el tener un buen ingreso económico.

Pensamos que surge un planteo ambivalente;

- 1) se espera la independencia económica pero
- 2) los padres no se sienten molestos de hacerse cargo de algunas cuestiones económicas de sus hijos en tanto éstos puedan lograr un bienestar a nivel emocional según los valores de los padres y para los

hijos, si los padres pueden ayudarlos, les parece que es correcto recibir su ayuda.

Se observa que el ingreso de los jóvenes que trabajan en su mayor parte se destina a viajes, ropa, telefonía celular, gimnasio, cosméticos, es decir bienes de consumo en general, quedando muchas veces la salud, la vivienda y hasta la alimentación en un estado de dependencia económica respecto de sus padres.

Cuando se les pregunta a los padres a qué edad ellos se independizaron económicamente, en la mayoría de los casos, extienden el plazo a los 25 años. Observamos aquí una diferencia sociocultural entre una generación y otra. Los padres nacidos en la Modernidad, han forjado una cultura del trabajo y del esfuerzo con ideales de libertad que fueron incumplidos. Desde la proyección narcisista que todo padre realiza sobre su hijo, afirmamos que han deseado para él, que no atravesase sus mismos sufrimientos (esfuerzos, renunciaciones, obligaciones excesivas) y han tratado de brindarles una vida con libertades y placeres que ellos mismos no pudieron obtener.

Estos pequeños “príncipes” criados en la posmodernidad con ideales de libertad y eterna juventud, alimentaron una creencia omnipotente, donde la realización de sus deseos nunca satisfechos (consumismo) ubican la felicidad y la libertad en la posibilidad de “consumir” placer inmediato.

Los padres por su parte, no dejan “el poder del reino”, lo que los hace eternamente jóvenes con una función dadora que sostiene:

- a) la función fálica
- b) la negación del paso del tiempo
- c) La realización a través de la proyección en los hijos, de sus propios ideales de libertad incumplidos.

Estos hijos “libres” de hacer, tienen una dependencia económica con sus padres respecto a las necesidades más primarias no a sus “placeres”, lo que los sigue dejando en un lugar de “hijos eternos” extendiendo así, el ciclo de la adolescencia. A partir de las entrevistas en profundidad, observamos que los padres siguen teniendo el lugar de “sostén” y de “amparo” de épocas tempranas del desarrollo, a pesar que la mayoría de los jóvenes creen ser libres en sus decisiones vitales.

Duvall y Rodgers (citados en Gimeno Collado, 1999, p.113) consideran tres etapas en el ciclo de vida familiar: etapa de constitución (elección de pareja y noviazgo, matrimonio y cohabitación, parejas jóvenes sin hijos); etapa de expansión (transición a la paternidad, familias con hijos en edad escolar, familias con hijos adolescentes) y etapa de reducción (familias con hijos en proceso de emancipación, familias con el nido vacío, familias retiradas)

Pensamos que la sociedad posmoderna impacta en la etapa de reducción del ciclo de vida familiar y más precisamente en el proceso de emancipación de los hijos del hogar.

La prolongación de dicho proceso implica que la etapa del nido vacío tarda en iniciarse o bien que nunca comienza ya que la permanencia de los hijos en el hogar familiar puede convertirse en una forma de vida anulando la posibilidad de que se produzca la transición a la siguiente etapa del ciclo de vida familiar.

La dilación excesiva de dicha transición retarda la culminación del proceso de diferenciación el cual supone que el hijo ha logrado no sólo la autonomía física y económica, sino también la adquisición de autoridad personal en el sistema familiar.

En tanto sujetos, productores y producto de la sociedad en la que vivimos, nuestras estrategias de vida no pueden ser pensadas sino en relación con el contexto histórico, económico, político, cultural y social en el cual estamos

inmersos. Éste nos provee de los sentidos que orientan no sólo nuestras conductas sino también nuestras metas, ideales y las maneras como nos vemos a nosotros mismos, es decir, quienes somos.

Hoy nuestro “paisaje” es la sociedad posmoderna. Esta sociedad se diferencia de la moderna principalmente por el reemplazo de la primacía de la producción y del intercambio de bienes por la primacía del consumo y del intercambio de símbolos. El trabajo en la sociedad capitalista ocupaba el mismo status que hoy ocupa el consumo en la sociedad posmoderna, por lo que los sujetos se convierten en consumidores simbólicos, debido a que es justamente en los símbolos en donde encuentran valor. Los sujetos se implican en el sistema como consumidores más que como productores.

La posmodernidad se caracteriza, además, por una actitud relativista como consecuencia de la caída de los proyectos y utopías que se gestaron en la modernidad cuya finalidad era darle legitimidad a las instituciones, las políticas sociales y los modos de pensar.

La pérdida de la capacidad instituyente de las instituciones tradicionales, dio lugar al surgimiento de una sociedad individualista. Esta individuación implica que los sujetos están condenados a “ser ellos mismo”, obligados a construir identidades ya que ,a diferencia de la etapa sólida de la modernidad, no vienen dadas de antemano por las instituciones que transitan (Bauman, 2000)

Esto significa que el proceso de individuación conduce al individuo a iniciar una infinita carrera para lograr el reconocimiento social. La identidad se convierte en un proyecto, algo a construir constantemente, no es algo dado. Ésta se construye en el consumo, cada producto de consumo viene con una identidad incluida. El proceso de construirse consiste en: barajar identidades, descartar las ya implementadas y adoptar otras nuevas.

El cuerpo se convierte en portador de los signos que nos ubican socialmente. La vestimenta, calzado, corte de cabello, uso de tecnología son ejemplos de estos signos.

Sintetizando esta situación Bauman (2007) sostiene que el rasgo distintivo de la posmodernidad puede resumirse en la siguiente afirmación: “Consumo, luego existo”. Sin embargo si se compara con la enunciación original cartesiana: “Cogito ergo sum: pienso luego existo”, se observan una distinción que la diferencia “sustancialmente”. Descartes arriba, luego del arduo recorrido iniciado desde la duda metódica, a la intuición: Si pienso tengo que ser algo: una sustancia pensante. Si, justamente, una sustancia ¿Qué se entiende por sustancia? Lo que no cambia, lo permanente, algo que está por debajo de los cambios. Pero en la sociedad posmoderna, eso que soy, el resultado del consumo no es nada cercano a lo permanente, al contrario, es algo que para ser tiene que mutar permanentemente, cambiar, “reciclarse”

No hay que aferrarse a la identidad, la permanencia es un disvalor!

Ser libre es desconectarse de lo consumido y consumir “lo nuevo”, dejar atrás lo que “fui/tuve” por instantes, para “ser/tener” de una manera novedosa, que también se convertirá próximamente en deshecho.

Somos al mismo tiempo libres y esclavos porque tenemos la posibilidad de echar mano a la multiplicidad de identidades que nos ofrecen los objetos de consumo, pero paradójicamente no podemos detener la carrera, no podemos quedarnos con ninguna. Estamos obligados a seguir eligiendo sino corremos el riesgo de dejar de ser. Lo permanente ya no es bienvenido, la sustancia cartesiana se esfumó, ahora lo único que queda como permanencia es la obligación de “transformarse”

Por otro lado, si bien el reinado del principio del placer ha destronado al principio de realidad, esta forma de vida no está exenta de sinsabores, el

consumismo trae aparejado la insatisfacción eterna acompañada por miedos, desconcierto y desesperación.

Este estado de renovación permanente nos sitúa exclusivamente en el aquí y ahora. No hay inversión en proyectos a largo plazo porque distraen la atención del proceso de “autofabricación” (Bauman, 2007). Entonces, el futuro se vuelve incierto.

Estos conocimientos imperantes en la actualidad en lo que refiere a definir cómo somos, como orientar nuestra vida y que sentido darle atraviesan toda la trama de instituciones que transitamos hoy.

Dado que en este trabajo la familia, en tanto institución constituye el centro de interés, se comenzará abordando la noción de familia y sus funciones para luego indagar sobre las transformaciones que han ocurrido, en los últimos años, en ésta.

La familia es un universal de la cultura, ya que, si bien a través de los tiempos ha adoptado formas variadas según época, cultura y geografía, ha resistido como institución.

Esto significa que aún expuesta a tales transformaciones mantiene su identidad como institución a través del desempeño de sus funciones las cuales definen su carácter.

Estas son: reproducción, socialización, crianza de los hijos, cuidado y protección de los miembros que la componen, regulación de la vida sexual e integración a la sociedad como miembros plenos. Además, es la encargada de fijar aspiraciones, valores y motivaciones de los individuos y es responsable en gran parte de su estabilidad emocional, tanto en la infancia como en la vida adulta.

Flaquer (citado en Gracia Fuster y Musitu Ochoa, 2000, p.53) sintetiza las funciones que competen a la institución familiar así:

El grupo familiar se constituye como agregado de ocio y consumo, de plataforma de ubicación social, de núcleo de

relación social, de palanca para la constitución del patrimonio, de cauce para hallar empleo, de punto de apoyo y de recursos de amparo en caso de crisis y de unidad de prestación de cuidados asistenciales y de salud.

Por lo tanto, la familia organiza su vida para cumplir dos funciones básicas: el desarrollo personal de los hijos y la socialización.

Es decir, las tareas básicas de la familia van más allá de la crianza de los hijos, entendida como alimentación y salud física, e incluso más allá de la protección y el afecto, pues se busca el desarrollo personal de todos sus miembros, niños, adultos y ancianos y su incorporación activa al entorno social.

La familia, además, tiene como meta mantener la propia identidad y la cohesión familiar (Gimeno, 1999).

Entonces, la institución familia si bien presenta continuidades representadas por sus funciones se encuentra ligada a los procesos de transformación de la cultura contemporánea.

“Como parte de los diferentes procesos históricos, la familia, no es ni un receptor pasivo de los cambios sociales ni el elemento inmutable de un mundo en constante transformación” (Gracias Fuster y Musitu Ochoa, 2000, p.44).

Por consiguiente, la familia es una institución en la cual se sintetizan las nuevas expresiones de la cuestión social desde lo objetivo que se plasma en sus nuevas configuraciones y en lo subjetivo respecto de la identidad de sus miembros.

Es por ello que la palabra “familia” tiene hoy diferentes connotaciones, donde el significado de éstas no pasa por su conformación, ni por la permanencia de sus integrantes dentro de un ciclo definido, con tramas de relaciones claramente definidas y roles construidos en forma armónica, sino que constituye un espacio de construcción y reconstrucción

permanente, en el cual se cruzan intereses e ideales diversos que reclaman su reconocimiento. (Carballeda, 2011).

Siguiendo estas reflexiones en torno a la familia en tanto producto cultural y por ende sujeta a múltiples cambios sobre un trasfondo de continuidad cabe preguntarse: ¿Cuáles han sido las transformaciones que ha sufrido esta institución en los últimos años?

Algunas de ellas son: las parejas se casan más mayores, la edad de la maternidad se retrasa, la tasa de natalidad disminuye, se comparten las tareas domésticas y se distribuye entre ambos cónyuges las responsabilidades del aporte económico, aumenta la participación de la mujer en el mercado laboral, y se incrementa la tasa de divorcio, separación y de la monogamia secuencial o serial.

Otro cambio es el surgimiento de nuevas configuraciones familiares como: familias ensambladas, homoparentales y monoparentales.

Entre los factores que repercutieron en la vida familiar cabe mencionar: la migración de las familias hacia las grandes urbes, el control de la fecundidad natural y fecundidad asistida, el fin del amor religioso y romántico y la legitimación del matrimonio homosexual.

A estas modificaciones se agrega el aumento de la esperanza de vida el cual acarrea el fenómeno de la verticalización de las familias (muchas generaciones con pocos miembros), el proceso de socialización invertida, el surgimiento de la generación “sándwich” (adultos que están en medio de sus padres e hijos demandantes) y el fenómeno “tupac amarú” (tironeo por parte de los adultos mayores y por parte de los adolescentes tardíos que siguen reclamando dedicación) (Acrich de Gutmann, 2010)

El fenómeno que se aborda en este trabajo se incluye dentro de los cambios de la familia: los hijos jóvenes adultos permanecen más tiempo en la familia de origen, se prolonga el inicio de la etapa de nido vacío.

Moreschi (2007) afirma que en estos casos la familia en lugar de dar inicio a otra etapa, como ocurre con cualquier entidad vital, se estanca en una de ellas deteniendo su evolución y lo que debería ser una etapa a transitar y superar se convierte en una forma de vida.

Se observa también que la edad se vuelve irrelevante en relación a la realización de tareas demandadas por cada sociedad, por ejemplo, si antes se tenía como expectativa que los jóvenes adultos se separaran de la convivencia familiar alrededor de los 21 años, ahora la edad deja de ser significativa, puede ser a los 25, pero también a los 30, 35 o incluso más.

Como consecuencia de esta modificación el comienzo de la adultez, según la OMS (Organización Mundial de la Salud) se ha corrido de los 21 a los 25 años, surgiendo así una nueva categoría denominada adolescencia prolongada o tardía que es aquella que supera los 25 y a veces también los 30 años.

Gimeno Collado (1999, p.38) afirma que “la separación de los hijos del hogar familiar sólo se ve justificada por la emancipación de los mismos, lo que se da prácticamente cuando han encontrado pareja estable y han llegado a ser económicamente autosuficiente”.

Este proceso se ha desplazado en los últimos años alrededor de 10 años o más.

Las familias se han encontrado, entonces, con el problema de extender en el tiempo las funciones de integración de sus miembros a la sociedad, punto de apoyo y palanca para la constitución del patrimonio de las jóvenes generaciones. Es decir, se retarda el inicio de la etapa de nido vacío, lo cual trae aparejada la dilación de la autonomía de los hijos.

Williamson y Bray (citados en Gimeno Collado, 1999, p.114) sostienen que:

La emancipación del hijo implica que este deja de necesitar el cuidado parental y puede iniciar con sus padres una relación

de iguales, sin dependencias; los ve como seres humanos y los acepta como son, como consecuencias de su propio cambio: de la clarificación de su propio self.

Es indudable que la familia se encuentra en un proceso de transformación permanente, lo que ha dado lugar al surgimiento de nuevos fenómenos en su seno, como el fenómeno de interés en este trabajo.

Para poder comprender estos cambios será fundamental indagar en la otra dimensión de análisis que se ha propuesto: ¿Cómo son los jóvenes de hoy? ¿Qué valor le dan al logro de su autonomía?

En primer lugar, dado que se hace referencia a estos jóvenes como adolescentes eternos o tardíos cabe precisar la distinción entre adolescencia y adolescencia tardía para luego centrarse en las preguntas precedentes.

El término adolescencia proviene, etimológicamente, del verbo latino *adolecere* cuyo significado es: crecer. Muchas veces se asocia con *adolecer*, que significa carencia, falta. Sin embargo, estos dos significados señalan aspectos del mismo fenómeno: ambos apuntan al proceso de constitución de la persona adulta, por un lado alude a la carencia en tanto inmadurez y por otro al crecimiento en tanto potencia.

Si bien los límites de la adolescencia no son precisos ya que estos dependerán del contexto cultural y familiar en la cual se desarrolla y de la historia singular de cada individuo que la cursa, su rasgo distintivo es que en dicha etapa se inicia el proceso de construcción del relato personal y se significan y valoran los proyectos propios.

Se habla de adolescencia prolongada cuando la resolución del conflicto adolescente se demora y por lo tanto es tardía también la consolidación de la identidad.

Si bien en algunos casos, tal como se mencionaba previamente, se trata de una postergación, en otros a pesar de tener la edad suficiente para

abandonar “el nido” continúan en él, convirtiéndose en un “estilo de vida” que constituye el fenómeno denominado “nido lleno”.

Aclarado este punto, se retoma la pregunta acerca de los jóvenes y el valor que le dan a su autonomía.

Los jóvenes actuales pertenecen a la generación Y (nacidos a partir de los 80) la cual se encuentra condicionada por el auge de las computadoras e Internet. Sus modos de consumo han hecho que el sector tecnológico se desarrolle y sus relaciones se encuentran mediatizadas por la tecnología.

La práctica del consumo se convierte para ellos, en la vía para acceder a la estima social, carrera infinita y muy costosa. Si cuentan con recursos originados por sus propios trabajos o si son brindados por los padres, los destinan a “construir sus identidades” por medio de la adquisición de objetos.

El hogar familiar es la base firme que asegura que la carrera de seguir consumiendo puede continuar. En medio de este panorama, en el cual la contingencia y el presente prevalecen sobre el futuro, el proyecto de lograr autonomía económica se desdibuja, pierde interés, más aún se presenta como un sin sentido.

Uno de los mensajes que reciben los jóvenes es: aprovechá el presente, disfrutá, sé feliz. La felicidad es concebida como risa, movimiento, cambio, aventura, consumo. Quien no accede a estas metas sentirá desconcierto, y vacío. Estos mensajes son una de las causas por las cuales el joven no puede poner su interés en la consolidación de su independencia. ¿Cómo trabajar para pagar el alquiler, hacerse cargo de la comida, ropa y además tener tiempo y dinero para salir, beber tragos, viajar y comprar objetos de marca? Algo habrá que resignar y ese algo es la independencia. (Moreschi, 2007, p.106)

Otro aspecto del contexto que impacta en el proceso de emancipación de los jóvenes, consiste en los efectos que ha producido la globalización en

distintos ámbitos pero fundamentalmente en el económico trayendo como consecuencia no sólo altos niveles de desocupación sino también retraso en la inserción laboral de jóvenes que han finalizado la etapa de formación.

Esta demora luego del período formativo aumentó las inseguridades propias de la adolescencia por lo que para los jóvenes les resulta más cómodo y tentador quedarse en la casa paterna que enfrentarse a un desafío para el que no se sienten preparados y que tampoco promete ventaja alguna. Es así como, la satisfacción por la independencia no resulta un estímulo motivador.

Otra situación a considerar es el lugar que tienen las instituciones educativas actualmente, en comparación con el que ocuparon históricamente en la sociedad.

En la modernidad la estadía en las instituciones educativas apuntaba a la construcción de la conciencia de trabajo y del esfuerzo en el presente para un futuro prometedor,

Hoy la acción educativa es despojada de sentido, lo que conduce a la construcción del espacio educativo como un “no lugar”, es decir, como un espacio por el cual “se pasa de largo”, como si fuera una autopista por la cual transitar para llegar a otro destino y cuyo valor no es otro que un tránsito sin destino final.

La universidad, incluso, se ha convertido en un paso transitorio para poder acceder a estudios superiores, de nivel de postgrado, ya que “con el título en la mano no basta”. (Formichelli, 2011)

A esto se agrega que en muchos casos la formación universitaria no tiene por objeto la aplicación práctica laboral o de bregar por su propio sustento sino que se constituye en una forma de vida, es decir, el estudio se convierte en una manera de seguir dependiendo de los padres, en la medida que son los adultos los que pagan por ellos invierten en él.

Además el modelo de adulto con el que cuentan los jóvenes se presenta poco motivador. Se encuentran con un adulto cargado de responsabilidades y compromisos.

Frente a un modelo que no seduce, el joven se convierte en víctima de un consumo que viene a sustituir ese vacío, esa pérdida de sentido.

Los jóvenes no sienten el apremio por ocupar esos roles. Les resulta mucho más tentador disfrutar de este mundo hecho a medida de sus necesidades que tratar de ocupar espacios para los que se requiere responsabilidad y compromiso.

En síntesis, el joven de hoy se siente poco motivado para adquirir autonomía y avocarse a un proyecto a largo plazo, por un lado porque el discurso dominante de la sociedad consumista le muestra como único camino para obtener reconocimiento social el consumo inmediato y por el otro porque el modelo del adulto no le resulta tentador.

Es en este punto donde se abre la otra dimensión a indagar: ¿Cómo son los padres de hoy? ¿Cuáles son sus proyectos?

Los padres de los jóvenes actuales pertenecen a la generación X (nacidos a partir de los años 60), esta generación se enfrentó con el derrumbe de las utopías y con la ausencia de otra trama de significados que diera sentido a sus vidas. Por este motivo acaba siendo incluida en un mundo contingente y consumista, en el que coexisten en tensión relatos antiguos, producto de prácticas ya en desuso con otros que responden a las nuevas conductas.

Estos padres habitaron un mundo moderno en el cual se valoraba el proyecto a largo plazo, donde el futuro era previsible ya que el plan de vida tenía como finalidad la trascendencia.

En la actualidad, los adultos se muestran disconformes con sus vidas, sienten que “no encajan” El modelo de madurez que muestran es poco tentador y lo único que ven como permanente son las obligaciones.

Entonces, ¿Cuáles son sus proyectos hoy en día?

Dado que estos padres se encuentran en una cultura donde el lugar para sus sueños casi ha desaparecido encuentran en el proyecto del hijo una manera de redireccionar los propios anhelos los cuales han devenido inalcanzables. Así, la prolongación de la adolescencia de los hijos se convierte en una estrategia para postergar el monótono destino que la falta de proyectos propios les depara.

Los hijos se transforman en el motivo de sus existencias, ponen toda su energía al servicio de ellos, financian el proyecto de sus hijos y en algunos casos, incluso, lo diseñan conforme a sus propios sueños.

Esta situación no es sin conflicto, ya que si bien para los padres proyectar sus metas personales en los hijos resulta una manera de llenar un vacío de sentido, esta tarea les resulta agotadora e interminable.

Generalmente en el abordaje de esta problemática se ha puesto la mirada en los motivos que llevan a los hijos a permanecer en la familia de origen indagando sobre las posibles causas que llevan a que esta situación tienda a replicarse en la sociedad actual. Sin embargo, pocas veces se ha puesto el foco en los motivos que llevan a los padres a responder a los requerimientos de los hijos.

Si bien, las quejas de los adultos se hacen escuchar y en muchos casos a esto se le suma la emergencia de una amplia variedad de síntomas tales como: cefaleas, gastritis, colesterol alto, úlceras, los adultos se convierten en cómplices de la “comodidad” de sus hijos porque tal vez esta sea la manera en la que encuentren un consuelo frente a sus sueños perdidos.

Los intereses de los hijos, son inagotables, dado que pertenecen a la cultura posmoderna, en la cual hay que estar siempre renovándose, consumiendo. Los padres suponen que en algún momento esta carrera terminará y los hijos se convertirán en lo que ellos mismos han soñado. Pero esto no es así, corren por veredas distintas, mientras los padres imaginan que el hijo armará su proyecto a futuro estudiando una carrera universitaria, por

ejemplo, los hijos ven en la carrera universitaria solo un lugar de paso, una marca de consumo más, nunca la última. Luego le sigue la formación de postgrado, un viaje, más tecnología. Es por ello que esta situación parecería no terminar nunca.

Sin embargo, para los padres no es fácil ponerle fin, tal vez porque se quedarían sin ilusiones.

Estos ejemplos ilustran lo planteado:

“Por ser mis padres me tiene que ayudar”, decía un joven de 30 años

“Creo que se sienten bien porque se dan cuenta que estoy haciendo algo que me gusta y quiero que vean que cada día avanzo mas en este proyecto que ellos mismos me ayudaron a crear”, afirmaba un joven de 25 años

Algunos padres, sostiene Moreschi (2007) crían a sus hijos en un plano de igualdad, se vuelven permisivos y justifican su dificultad para poner límites como amplitud o libertad.

Esta presencia de límites difusos parece sostener la ilusión de los padres de eterna juventud, condición altamente valorada en la cultura posmoderna, al mismo tiempo que evita que los hijos se independicen de ellos y como consecuencia, quedarse sin proyectos.

El nido lleno los agota, pero al mismo tiempo temen que quede vacío. Si los hijos logran su autonomía económica y se van, los padres se quedan sin proyectos y la ilusión de eterna juventud, sostenida ilusoriamente en la creencia de que sus hijos siempre dependen de ellos porque son adolescentes (eternos), se desmorona.

Es decir, el “nido lleno” también constituye para los adultos no sólo un reaseguro contra la soledad que otrora representaba el “nido vacío” sino también un terreno fértil para la búsqueda de la consecución de sus propios ideales: ¿ideales inconclusos, postergados, pasados de moda?

Los padres se debaten entre dos anhelos que entran en conflicto por un lado el de que los hijos sigan siendo “adolescentes eternos” y por otro el de ayudarlos a crecer y “pasarles la posta”.

Como resultado del recorrido precedente se observa que la subjetividad de los jóvenes difiere de la de los adultos en cuanto a sus metas, proyectos e ideales.

Cabe preguntarse de que manera estas diferencias impactan en las etapas normativas del ciclo de vida familiar. Para responder a esto se retomará la mirada sobre la institución familia y sus etapas

Cada etapa del ciclo de vida familiar se define por el modo en que la familia logra el desarrollo personal de sus miembros, su integración activa a la comunidad y mantenimiento de la cohesión familiar que son sus funciones básicas.

Para este fin la familia desarrolla, en cada etapa, un modo particular de atender a sus funciones utilizando los recursos con los que cuenta o bien desarrollando nuevos.

Cada cultura y cada época establece los roles, rasgos, tareas y parámetros específicos de cada una de las etapas y establecen los límites para que se resuelvan las tareas en cada núcleo familiar.

“La funcionalidad y satisfacción familiar depende, desde un punto de vista objetivo, del logro de estas tareas de etapa y desde el punto de vista subjetivo de la proximidad entre los logros y las expectativas familiares” (Gimeno, 1999, p.49).

En el contexto actual se observa que la familia se encuentra extendiendo en el tiempo la función de sostén de la etapa de emancipación de los hijos del ciclo de vida familiar. Por un lado para saberse que siguen cumpliendo con uno de los objetivos más tangibles de la misma que es la educación de sus hijos y sentirse realizados y por el otro para perpetuar una forma de vida familiar que no enfrente a sus miembros adultos con el duelo por lo no

logrado, ni a los jóvenes con una realidad que promete un desafío para el cual sienten no contar con recursos y que tampoco asegura ventaja alguna.

Este conflicto se encuentra en la base de la prolongación del proceso de emancipación de los jóvenes

La emancipación de los hijos del hogar constituye una de las transiciones de la vida familiar sin embargo en la actualidad se replica en las familias cierta “fijación” o “estancamiento”, en esta etapa. Esto significa que las familias prolongan la realización de tareas de etapas anteriores, lo que representan un impedimento del progreso hacia modelos de organización que se ajusten mejor a las demandas evolutivas de sus miembros.

Este estancamiento se caracteriza por la rigidez del sistema familiar el cual no permite el movimiento de sus miembros. Como consecuencia, los hijos no se separan del núcleo familiar de origen y la consolidación de la identidad personal se demora o bien se obstaculiza si la situación se transforma en una forma de vida

Cabe preguntarse si esta situación significa realmente una transición o si se ha tornado una forma de vida.

Por otra parte nos preguntamos si el dinero no es una forma de lazo libidinal/amoroso en las nuevas configuraciones familiares. Conocemos a partir de la teoría psicoanalítica que el uso del dinero no responde a la racionalidad. El mismo encierra significaciones tanto eróticas como tanáticas del sujeto en sus vínculos con el mundo.

En nuestra sociedad capitalista es un mediador privilegiado entre las demandas sociales y subjetivas. El dinero con su valor de “don” por parte de los padres ofrece la seguridad y contención que el joven necesita, creándose una situación infantil de apego a los objetos parentales en un mundo tan colmado de incertidumbres. Así se genera una dupla narcisista donde el joven debe responder al ideal proyectado por sus padres (estudiar lo que le gusta, disfrutar de la vida, etc, lo que ellos mismos tuvieron que

renunciar para lograr pertenecer a la cultura de la excelencia), mientras los hijos no logran hacer una salida exogámica, quedándose en sus hogares de origen, a pesar de construir una fantasía de independencia, pero no pudiendo alcanzar la significación de las responsabilidades adultas.

Conclusión

Los padres de estos adolescentes pertenecen a la generación de los 60, educados con paradigmas del comienzo del siglo XX, matrices de educación altamente morales y rígidas que intentaron romper, por los hechos socioeconómicos y políticos que les tocó vivir:

- a) Fue un período que dejó el dolor de las grandes guerras: países y familias destruidas, el holocausto, la caída del muro de Berlín
- b) La caída del Estado Benefactor
- c) La ciencia y la tecnología fue sustituyendo la fe religiosa como fuente de verdad indiscutible.
- d) La incorporación de la mujer al ámbito laboral y su consecuente independencia, generó un cambio de paradigma en el seno familiar.
- e) La caída de la Institución familia de la modernidad: era de divorcios, familias monoparentales, familias ensambladas.
- f) Los avances de la tecnología en comunicación, originaron cambios en las categorías temporo/espaciales de la modernidad
- g) El inicio de la sociedad de consumo.
- h) La inseguridad laboral y la escasez de trabajo.
- i) Comienzo de ideales individuales (producto de los ítems anteriores)
- j) Valoración del tiempo de ocio

La generación de los años 60 transitó un mundo laboral bajo la amenaza de la exclusión. En este sentido se trocó el paradigma de explotador/explotado de la época anterior por el de inclusión/exclusión. Esto hizo que deban dedicar muchos esfuerzos y tiempo al trabajo, sólo para sostenerlo, garantizar su subsistencia y su inclusión social.

Además, las exigencias económicas fueron cada vez más grandes ya que fue el comienzo de la sociedad de consumo, que postuló como lema la pertenencia social unida a la capacidad de consumir en una cadena loca e inacabada del siempre más, nuevo y mejor.

Nos encontramos frente a una patología de la estructura social, ya descrita por Durkheim (1893), la anomia. Esta se produce porque la sociedad actual propone un ideal individualista y el sujeto tiene arraigados normas y valores que surgieron de las estructuras familiares y religiosas de la Modernidad, que no son utilizables en el ámbito socioeconómico y político actual. Por lo tanto resultan normas obsoletas o contradictorias respecto de las que propone el mercado. Atravesamos así una crisis social generada por un cambio de paradigma. El término crisis significa ruptura, discontinuidad, es decir pérdida o ausencia de referentes, resulta así una desestructuración del orden previo sin que lo nuevo pueda tener un perfil organizado, ya que se presenta como ambiguo, indefinido, no resulta sostén.

Según Giddens (1990) estamos en una época en la que se está produciendo una autodestrucción creativa de todo lo creado por la sociedad industrial (clases, ocupaciones, roles de género, familia nuclear, fábricas, etc.). Esto trae como consecuencia un cambio en la vida privada de las personas, es decir, los vínculos, las configuraciones familiares, las relaciones de pareja, el modo de jugar la sexualidad.

En cada etapa histórica se percibe como natural la forma de vida de las personas, sin embargo, es epocal. El campo psicosociológico es el campo de las interacciones entre el individuo y el medio.

Frente a la pérdida de los referentes que regían en la Modernidad, el aumento de la incertidumbre y los riesgos a afrontar por cada persona, surge un hombre replegado sobre si mismo. Esto implica un bajo compromiso afectivo con los otros del mundo, se puede estar en todas partes y con todos sin que haya un compromiso intenso con nada ni con nadie. En ese sentido, el vínculo con el hijo, marca una diferencia, es el único compromiso afectivo para toda la vida. El lugar del hijo es la posibilidad de generar fantasías de trascendencia y de supervivencia simbólica en un mundo colmado de incertidumbre y hasta de protección a futuro cuando estos adultos se tornen ancianos.

La cultura surge como modo de proteger al hombre y sin embargo, en la posmodernidad, los mandatos culturales mismos proponen permanentes riesgos y desafíos individuales. El valor de “libertad individual” que la posmodernidad “vende”, no es más que el reverso de la masificación que genera bajo la promesa ilusoria de que el “tener” permite “ser” una persona respetable, tener un reconocimiento social. La caída de las ideologías, de la fe religiosa, ha gestado una cultura donde el bien supremo es el dinero y el padecimiento mayor, la soledad.

También se plantea que con la caída de los ideales sociales, la sociedad que asciende al neoliberalismo, proyecta sus sueños en el progreso económico y el bienestar individual. Cada uno tiene que hacerse responsable y autónomo para garantizar su propia existencia y la de su familia. No hay certezas de conservar el trabajo, ni seguros sociales, ni garantías para cuando llegue la vida pasiva. Es por eso que este mundo genera tanto desamparo social y deja como secuela una lucha por lograr una posición económica que brinda, en el registro imaginario, cierta estabilidad.

La generación de los 60, se ha sumergido en la exigencia que significaron los nuevos cambios tecnológicos, teniendo que realizar un esfuerzo de sobreadaptación constante, sin tiempo material para dedicar a la familia. Viven con el temor de perder su trabajo y su pareja (era de crecimiento de divorcios), se avocan a ofrecer a los hijos una formación intelectual, artística y deportiva que los enriquezca y los prepare para incluirse en la batalla por la supervivencia que ellos mismos no dejan de librar.

Es una generación que luchó por su independencia y libertad, en relación a sus mayores, tal vez porque el mundo de “los viejos”, poco tenía que ver con la vida que a ellos les tocó vivir.

Respecto de la crianza de los hijos, son apoyados por las ciencias de la salud (medicina, psicología y pedagogía) que alivian la culpa por no cumplir con los modelos de dedicación (sobre todo a las madres) que sus familias de origen les transmitieron. Se comienza entonces a plantear que es mejor “calidad que cantidad” de tiempo respecto a la dedicación de los padres en los hogares. Estos hijos van a ser criados fuera del hogar, o con personal a cargo, pero van a tener pocas horas diarias para compartir con sus madres que, con su inserción en el mercado laboral, cedieron ciertos roles y funciones tradicionales que la mujer ejercía en el hogar y con sus hijos.

Cambia el paradigma de la familia de comienzos del siglo XX al insertarse la mujer en la vida profesional y laboral. Los hijos pasan la mayor cantidad de su tiempo en instituciones educativas, ya que las “madres”, son mujeres que van tras la conquista de ciertos logros en el área laboral y profesional. La amplitud de roles que ejerce la mujer (esposa, madre, profesional o trabajadora, mujer, etc.) hace a su independencia. Consecuencia de ello es que la dependencia femenina que otrora tenían sus propias madres respecto de sus maridos, disminuya y que, no se conformen con un hombre que no satisface sus expectativas, sino que se atreven a efectuar una ruptura

marital ya sea quedándose a cargo de sus hijos o para formar una familia ensamblada.

También cambia el lugar del “padre de familia” como único proveedor económico del hogar. El vínculo con los hijos pasa a ser más par con la función materna. El padre ya no es el único poseedor de la autoridad o el autoritarismo sobre los hijos. El “cuando venga tu padre” de antaño, perdió vigencia.

Ambos padres, abrumados por las exigencias laborales y económicas del mundo externo, proyectan en sus hijos ideales de libertad. Agobiados por todas las obligaciones mundanas, prolongan la ilusión narcisista de “his majesty the baby”, que formulara Freud (1914) para los comienzos de la vida del niño, en su libro *Introducción al Narcisismo*. Influidos por la sociedad de consumo, tratan de satisfacer la demanda de amor a través del consumismo, dándoles las mejores posibilidades protegiendo su integridad en un mundo que para ellos es muy amenazador e incierto.

Cada vez más, el círculo de relaciones de las familias y fundamentalmente de los hijos, va siendo una endogamia ampliada. (barrios cerrados, cursos extracurriculares en los mismos colegios, clubes, paseos en los shoppings para los púberes y primera adolescencia, etc.). “La calle” se torna un lugar “peligroso” y esto hace que el adolescente reduzca su visión del mundo y tenga miedo de encontrarse con otras realidades. A la hora de terminar sus estudios secundarios, no solo tiene que enfrentarse con sus propios miedos (ya que el trabajo siempre es una puesta a prueba del sí mismo Desjours, C. (2009) sino que además se enfrenta a un mundo desconocido. Criado paradójicamente en un marco de libertad dentro de un “gheto”, abrir las rejas y tener que arreglarse con el ejercicio de su independencia en un mundo real, hace que continúe, por un prolongando tiempo, necesitando del apoyo emocional de sus padres.

Con esto se quiere significar, que no pueden, como sus padres lo hicieron, asumir todas las responsabilidades del mundo adulto.

En el caso de la generación de los 60, según las encuestas realizadas, casi todos ellos se fueron de los hogares paternos entre los 18 y los 22 años, buscando su independencia y libertad. Para lograr este objetivo, tenían que desprenderse del hogar paterno que imponía normas muy rígidas acordes a la sociedad moderna, con principios religiosos y morales que no compartían. Coetáneos a esta generación, surge el movimiento hippie promovido por los Beatles. Movimiento que resulta una revolución en las mentes de los adolescentes de aquella época. Apoyados por el tipo de vida que se promovía, por ideales de libertad, son impulsados a luchar contra el sistema rígido en el que habían sido educados.

Los jóvenes actuales, a partir del mismo estudio realizado, dicen sentirse independientes respecto de sus decisiones en la vida, pueden hacer lo que quieren con sus vidas, respetando mínimas reglas de convivencia que imponen sus padres, pero no necesitan “irse de sus hogares de origen”, ni ser autónomos económicamente para dar curso a su fantasía de libertad.

El contrato libidinal entre ambas partes se cumple, en tanto los hijos continúen sus estudios. También aquí encontramos una diferencia entre ambas generaciones: los padres tuvieron que seguir una carrera en general tradicional, que les diera la posibilidad de sustentarse económicamente, en cambio, para esta generación, el mandato es que estudien algo que “les guste”. No se piensa que sea una carrera que a priori se proyecte como redituable (dada la incertidumbre que hay en el mercado laboral).

Con esto queremos significar, que el mandato que reciben los adolescentes hoy, no es el mismo que el que recibió la generación anterior. Dadas las frustraciones que estos vivieron, desean que sus hijos se realicen haciendo lo que les guste, puedan tener momentos placenteros, viajen, vivan el presente, tengan tiempo para disfrutar. Es claro que los hijos continúan

siendo el narcisismo redivivo de los padres, que toleraron un sinnúmero de frustraciones en sus expectativas personales y proyectan un lugar ideal para ellos, como cuando eran hijos pequeños. De esta forma, no consideran el malestar en la cultura (Freud, 1930) que inevitablemente todo sujeto padece.

El proceso de complejización social, política, económica, tecnológica y científica de la modernidad trajo aparejadas prácticas institucionales y culturales que permitieron el surgimiento y preeminencia de ciertos discursos acerca de los individuos y del sentido de sus vidas.

Tomamos así a la modernidad como una sociedad que bregaba fundamentalmente por la seguridad. Se buscaba tener garantías a largo plazo que dieran la tranquilidad de un bienestar en el futuro. Las personas producían para obtener un capital que les brindara una estabilidad económica y social. Era la época del ahorro, del cuidado y la reparación de los objetos materiales. Este anhelo de un marco seguro y resistente al tiempo fue el sustrato para la emergencia de estrategias de vida y patrones de comportamiento indispensables para lograr el objetivo prioritario: la solidez y durabilidad.

Esta visión de la realidad orientó las vidas de las personas en todos sus ámbitos incluyendo la modalidad de vinculación afectiva. Las relaciones afectivas se inscribieron en el marco de la “durabilidad”, es decir, los lazos afectivos se entendían como lazos “para toda la vida”.

Burr (2000) explica que en el contexto de la modernidad el discurso del “amor romántico” referido a la formación de parejas constituyó un instrumento de control social efectivo. Desde este discurso se define al amor como una característica “natural” de la condición humana que tiene como función la formación de parejas. El amor supone la preocupación por el bienestar del otro, lo cual significa una relación de cuidado recíproco “de

por vida”. El amor culmina con el matrimonio y la conformación de una familia con hijos, los cuales serán acreedores del cuidado de los padres.

El matrimonio legal es la forma de dar forma a las leyes de herencia y trascendencia a los progenitores, es decir, una modalidad para preservar y distribuir equitativamente el capital dentro de la familia, otra forma de legalizar un ordenamiento del capital que apuntaba a sostener la seguridad y protección de la familia a pesar de la finitud humana.

La posmodernidad trae un nuevo modelo de sociedad a diferencia de las sociedades modernas en las cuales prevalecía la seguridad como valor. En la “sociedad consumista” la capacidad humana de desear se presenta como una fuerza externa, “reificada” que pone en marcha a la sociedad de consumidores. El deseo de consumir se impone por medio del discurso dominante el cual enuncia que para tener una identidad valorada socialmente hay que consumir de manera permanente. Hay que adquirir e inmediatamente concentrarse en desechar lo viejo y reemplazarlo por lo nuevo.

El ideal de independencia y de libertad, la búsqueda de un status para obtener un reconocimiento social, hace que la energía vital y el deseo se dirijan en principio hacia el área laboral y a las gratificaciones que se obtienen con los objetos de consumo.

Construir una identidad social apreciable implica consumir objetos que tengan valor social (Bauman, 2007). El desarrollo profesional es uno de ellos y por lo tanto un medio para adquirir reconocimiento social. Renunciar a este consumo significa quedar excluido socialmente y enfrentarse a las consecuencias que ello implica. Es por eso que los padres encuestados, dicen que no les molesta mantener a sus hijos económicamente mientras estudien.

Tal como los objetos de consumo, el desarrollo profesional pareciera tampoco tener límites, siempre hay algo más: posgrados, masters,

doctorados, posdoctorados. Una carrera infinita para lograr competir en un mundo cuya primacía es la incertidumbre, lo nuevo, y la precariedad laboral.

El mundo de estos adolescentes es un presente continuo, donde a diferencia del de la Modernidad, nada es seguro y se hace complicado proyectar a futuro. En vez del ahorro y la posibilidad de capitalizarse, el hombre de hoy piensa en el crédito, es decir, en como obtener su placer inmediato ya que el futuro es totalmente incierto. Esto también se traduce en las relaciones afectivas. Las promesas de compromiso en las relaciones de pareja no significan “nada a largo plazo”. “El para toda la vida”, se ha convertido en “mientras dure”, es decir que el “acuerdo” se mantiene vigente en la medida que la relación ofrezca un grado de satisfacción considerable, que veamos en ella una alternativa viable y que abandonarla implique la pérdida de alguna inversión importante como tiempo, dinero, hijos.

Las relaciones de pareja que en la modernidad aseguraban seguridad y estabilidad hoy producen una perpetua incertidumbre. A pesar de esto, la contención emocional brindada por la pareja/familia es condición necesaria o un “camino” para concretar las metas personales. En este contexto el hijo se presenta como un objeto que tiene un valor único en tanto que es el único objeto que ofrece la promesa de perdurabilidad. Un hijo es para toda la vida. El hijo representa no sólo un objeto que brinda un reaseguro contra la soledad que la pareja ya no brinda, sino que implica también posponer o renunciar a ambiciones personales en pos del bienestar de otro que es débil y dependiente. Consideramos que el hijo es un vínculo eterno, un lazo para toda la vida, trascendencia, la felicidad más fabulosa. Es la promesa de un amor incondicional por ambas partes, lo cual significa, por parte de los padres, renunciar o posponer el desarrollo personal para abocarse a la tarea del cuidado. (Bauman, 2007)

En el presente predomina una visión de la realidad donde se prioriza el valor del consumo por sobre la seguridad que representaba el valor máximo en la modernidad. La práctica del consumo es percibida desde el discurso dominante como un camino para la construcción de una identidad socialmente valorada, apta para ser consumida, vendible. Esta concepción implica una resignificación de la institución pareja e hijos con respecto a la representación que dichas instituciones poseían en la modernidad. La pareja deja de ser una relación para toda la vida. El hijo entonces, se convierte en el único objeto que promete perdurabilidad a través del tiempo aunque traiga sinsabores.

Esto no es sin un sentimiento franco de ambivalencia para los propios padres. La generación sándwich, sigue tironeada por los compromisos que les plantean sus propios padres y sus hijos. Exigidos por la cultura de la excelencia, para sostener su lugar en el mercado laboral, tienen que seguir realizando esfuerzos de sobreadaptación, negar el paso del tiempo sosteniendo un cuerpo joven y una mente ágil para cumplir también con el ideal social de la eterna juventud que promueve la sociedad de consumo. Se encuentran agobiados de responsabilidades pero así mismo, no dejan de apostar a “la felicidad”, que esta vez, vivirán sus pequeños príncipes. La “felicidad” y el “disfrute” imaginarios en la sociedad consumista se traduce en la ilusión de adquirir y acumular objetos, obtener satisfactores inmediatos ya que el costoso edificio que se construía en la modernidad, hoy carece de bases para perdurar en el tiempo.

Por otra parte, el ideal de “eterna juventud” implica no renunciar al lugar de padres dadores, ésto los mantiene jóvenes, con un proyecto vital. La autonomía económica de sus hijos, la esperada “adulterz”, los introduce en la clase pasiva (a la que ya están cercanos a pertenecer), al síndrome del “nido vacío”, a la asunción de las propias frustraciones de sus propias vida, a la angustia existencial, a lo que deberán duelar para poder emprender

nuevos proyectos finitos, con la amenaza trágica, de ocupar el lugar de “viejos” identificatoriamente con sus propios padres. Además, la posibilidad del desmembramiento familiar, genera un alto peligro de desamparo que no quieren correr, para lo que necesitan seguir sosteniendo su función, la que garantiza la perdurabilidad y presencia del lazo libidinal. Pensando en la institución familia y en lo que damos en llamar la caída de esa institución es dable señalar, que más que referirnos a caída debiéramos hablar de un cambio de paradigma. Por este motivo, tanto sociólogos, historiadores como antropólogos hablan de organizaciones familiares y no de “familias”. La idea de “organizaciones familiares” pretende contextualizar ciertos agrupamientos en un tiempo histórico, en las diferentes culturas, tomando en cuenta la diversidad y no ya el concepto cerrado “estadístico” de normalidad que planteaba a la “familia” como la célula social básica, Cabe aclarar que el concepto de familia “normal” es dado a partir de una perspectiva estadística dentro de una cultura o subcultura pero no se homologa en todos los casos al de “salud psíquica” Para comprender los fenómenos psicosociales hay que contextualizarlos en la época histórica en la que surgen. Ejemplificaremos el lugar que ocupaban los niños, por ejemplo, en la época medieval; pertenecían al mundo de los adultos, dormían en la cama parental. Recién en los siglos XVI y XVII surgen las habitaciones para los niños en las familias ricas.

Una característica de los hechos que suceden en la vida cotidiana, es su naturalización. Las personas los viven como atemporales, como si siempre hubieran sido de la forma en la que los están viviendo en el presente. Es la psicología social, la disciplina que observa críticamente esos hechos de la cotidianeidad, los pone en cuestionamiento para preguntarse el alcance del sufrimiento psíquico que ellos producen en el hombre. Por este motivo es que no se adhiere al concepto de normalidad como sinónimo de bienestar ni de salud psíquica, sino simplemente a un dato estadístico. Adherimos al

concepto de salud según la teorización del Dr. E.Pichon Riviere (1971), quien la plantea como la adaptación activa a la realidad es decir, la posibilidad del hombre de realizar una asimilación y una acomodación al mundo externo, incorporándolo y modificándolo a la vez.

Junto a la Dra. Giberti E. (2005) se afirma que a través de la historia se formaron diferentes tipos de familias (monogámicas, poligámicas, extensas y familias nucleares entre otras).En nuestros días, hallamos diferentes configuraciones familiares como las monoparentales, ensambladas, etc. Esto significa que la institución familia, va modificándose junto a los diferentes procesos sociales.

En este sentido pensamos que la dependencia económica de los adolescentes tardíos, conforma una nueva forma de configuración familiar en las clases medias/altas de AMBA (Argentina) que plantea las siguientes características:

- 1) garantiza la continuidad del lazo de apego del joven y del adulto
- 2) conserva la omnipotencia infantil centrada en la unión narcisista con los padres, como poseedores de la seguridad material
- 3) permite a los padres permanecer en un estadio de proveedores activos como cuando el hijo era un niño
- 4) protege a los padres de la angustia de castración, frente a la posibilidad de separación del hijo
- 5) los padres siguen proyectando en los hijos sus ilusiones narcisistas de completud y libertad

En esta nueva forma de configuración familiar, se anula la confrontación generacional tan necesaria para el crecimiento y salida del entramado endogámico familiar de la modernidad. Las entrevistas que hemos realizado, plantean desde el discurso de los jóvenes que los padres son la

garantía de su seguridad económica y se observa junto a ello que siguen conservando cierta idealización infantil sobre las figuras parentales aunque critican la forma de vida que han llevado. Por su parte, los padres, tal como cuando sus hijos eran niños, siguen proyectando en ellos ideales narcisistas que implican la realización de todos los sueños que ellos mismos dejaron en el camino de sus propias vidas para cumplir con sus responsabilidades adultas.

El dinero puede resultar un objeto Tanático (como objeto de la pulsión con una descarga inmediata para comprar, acumular, etc) o también un objeto Erótico en tanto permite la ligadura con el mundo y con el sí mismo, como potencial enlace en la sociedad neocapitalista para la realización del deseo. En este último sentido se puede plantear que el retardo del tiempo adolescente en su camino hacia la adultez, podría ser pensado como una forma de extensión del lazo familiar primario. La referencia se circunscribe a los jóvenes que trabajan y/o estudian, es decir, que tienen un deseo en marcha, (esta aclaración vale en tanto no se desconoce la diferencia que existe en el caso de aquellos jóvenes que están en una situación pasiva, totalmente narcisista, demandando todo de sus padres).

En una sociedad que, como ya se planteó, sostiene ideales individuales de libertad e independencia, los vínculos amorosos estables parecen atentar contra los mismos. Sin embargo, a partir de la eclosión de las llamadas “nuevas patologías” observamos que el hombre posmoderno sufre cada vez más de síntomas que se relacionan con su aislamiento, soledad y desamparo. La dependencia económica de los jóvenes respecto de los padres, que es vivida como un derecho de filiación, ya que no impide la autonomía en otros aspectos de la vida, operaría como un objeto imaginario que liga a la familia, pero que, no ejerce un compromiso emocional.

En el discurso de los entrevistados, tanto jóvenes como padres, denotan que el dinero es un objeto que representa una unión narcisista para ambos como

significante de seguridad y amparo. Se toman los dos vértices del vínculo al plantear la situación como una alianza inconsciente:

- a) Para los padres: representa el reaseguro de su función como dadores. Esto permite significar el vínculo desde un polo de poder, forma de retener a los hijos y proyectar sus ideales en ellos y
- b) Para los hijos: representa la posibilidad de continuar los preceptos de la sociedad de consumo, de vivir un eterno presente pero con los padres como garantes de la seguridad de su supervivencia.

Se torna así una nueva forma de configuración familiar, donde el dinero representa un objeto fetiche, es decir, cubre tanto la falta de realización de ideales de los padres, como la inmadurez de los hijos, propiciando la garantía para ambas partes de un lazo amoroso, de apego.

Así la herencia que se adjudicaba postmortem de los progenitores y que fue uno de los motivos por lo que se creó la institución matrimonio y familia de la modernidad, hoy se entrega en tiempo presente. Se pierde así la idea de trascendencia de la modernidad y las nuevas familias se adaptan a los principios del consumismo. El dinero resulta una nueva forma en la que circula el amor entre padres e hijos, una entrega en tiempo presente, que libera tanto a padres como a hijos de encontrarse con la finitud, es decir, en términos psicoanalíticos con la castración.

Los conflictos de ambivalencia que se generan, representados por la circulación e instrumentación de la moneda, son los mismos que se producen en todo vínculo amoroso asimétrico. Los padres tienen el poder de dar, y hay veces que los hijos también poseen el poder de exigir. El compromiso pareciera ser para ambos, evitar, peleas mediante, el parto y la salida definitiva a la exogamia.

Sintetizamos lo expuesto en una frase: “Lo mío es mío y lo tuyo es mío”. Claramente aquí nos encontramos con un vínculo narcisista de no

discriminación e individuación, proceso necesario para la culminación de la adolescencia.

“La familia posmoderna se caracteriza por ser diversa, fluida e inestable y por la conjunción de lo viejo y lo nuevo” (Roigé, 2006, p.36)

En estas familias coexisten dos culturas. Por un lado la de los padres que siguen manteniendo las creencias y valores de la modernidad: el futuro, el esfuerzo, la responsabilidad y por otro lado la de los hijos que viven en un mundo de acción, placer, inmediatez.

Las familias se encuentran viviendo entre valores opuestos y mensajes contradictorios.

Los padres sostienen económicamente a hijos que ya tienen edad para ser autónomos económicamente, pero no sólo lo hacen por sus hijos, para brindarles el sostén que como padres sienten que deben proveerles, sino **que** también por ellos, para seguir teniendo un proyecto a futuro que de sentido a sus vidas.

Los hijos, en cambio, tienen claro que hoy el estatus está dado por el consumo. El mensaje social es: “dime qué consumes y te diré quien eres”. Para ellos el título puede servir para obtener una marca más de consumo entre otras o bien para asegurarse la provisión de dinero por parte de sus padres para estudiar, mientras ellos siguen consumiendo bienes que les aseguran el reconocimiento social.

Es por ello que aunque los jóvenes trabajen y ganen dinero como para poder irse de la casa de sus padres, más de la mitad del ingreso lo gastan en bienes de consumo personal, “gustos” (ropa, tecnología, salidas), Pondria punto seguido. ni los padres ni los hijos consideran que estos últimos deberían renunciar a ciertas comodidades, hacer determinados sacrificios.

Estos jóvenes no parecen encontrar en esta situación incomodidad alguna, es más, plantean todo lo contrario, se sienten “muy cómodos” y justifican el aporte de los padres argumentando que se trata de una función inherente

e ineludible que compete al rol de adulto: “por ser mis padres me tienen que ayudar”.

Es indudable que los hijos encuentran en el “nido” un ámbito que les brinda sostén para la realización de sus metas instantáneas, pero no sólo son los hijos los que encuentran un espacio propicio para tal fin, sino que los padres también.

En síntesis, la familia está en transformación permanente, hoy uno de sus cambios es la extensión en el tiempo de la etapa de proceso de emancipación de los hijos del hogar. Esto se explica por la confluencia de diversos ideales en el seno de la familia. Por un lado los padres sostienen a sus hijos para darle sentido a sus propias vidas y evitar encontrarse con el vacío que implica la pérdida de sentidos (nido vacío), por otro lado los hijos, buscan construir su identidad personal a través del consumo, lo cual se torna contradictorio con el diseño de un proyecto a futuro que les permitiría el logro de la autonomía económica. Por tal motivo para poder seguir consumiendo se apoyan en la ayuda de los padres.

El nido es un “nido lleno de ideales”, ideales “multicolores”, diversos, que conforman una nueva receta apta para el “consumo” de toda la familia. Siguiendo con la metáfora de la comida familiar, en el slogan se agrega: “les va a “encantar a todos”

¿El fenómeno del nido lleno es una transición que tendrá su término o se ha conformado en una transición interminable, es decir un estilo de vida?

Si este “tiempo de espera” en esta etapa del ciclo de vida familiar se vuelve “interminable” ¿puede convertirse en una amenaza contra el desarrollo personal de los hijos representado por la autonomía económica?

Lista de referencias

Acrich de Gutmann, L (2010) Consideraciones sobre familia y envejecimiento. Trabajo inédito, material del Programa de Actualización en Psicogerontología, UBA.

Bauman, Z. (2008). Amor líquido: acerca de la fragilidad de los vínculos humanos (1ª Ed. 10ª Reimp.) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Bauman, Z. (2008). Vida de consumo (1ª Ed. 1ª Reimp.) Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica

Berger, Peter & Luckmann, Thomas (1972) La construcción social de la realidad. Buenos Aires: Amorrortu.

Burr, Vivien (1995) Capítulo 1. An Introduction to Social Constructionism. London: Routledge (traducción).

Carballeda, A.J.M (2011) Algunos cambios en la esfera de la familia. Una mirada desde la intervención en lo social. En Elías, M.F. (Comp) Nuevas Formas familiares. Modelos, prácticas, registros. Buenos Aires: Espacio Editorial

Falicov, C. (1991) Transiciones de la familia. Buenos Aires: Amorrortu

Formichelli, M. (2011) Paradojas de la juventud posmoderna. De las categorías teóricas a la realidad. En Villa, A. Infantino, J. y Castro, G. (comps) Culturas juveniles. Disputas entre representaciones hegemónicas y prácticas. Buenos Aires: Noveduc

Freud, Tres ensayos de teoría sexual (1905):, en O. C., Volumen VII, Bs. As., Amorrortu editores

Freud, S. Introducción del Narcisismo (1914), en O. C., Volumen XIV, Bs. As. Amorrortu editores

Freud, S. Más allá del principio del placer (1920), en O.C., Volumen XX, Bs. As., Amorrortu Editores

Freud, S. El Malestar en la Cultura (1930). en O:C:, Volumen XXI, Bs. As., Amorrortu Editores, Obras Completas

Gergen Kenneth J.(1993) El movimiento del construccionismo social en la psicología moderna. Rev. Sistemas Familiares, 9, 2, agosto. Buenos Aires

Giberti, E. (2005). La familia a pesar de todo, Bs. As., Ediciones Novuk

Giddens, A. (2008). Consecuencias de la Modernidad, Bs. As., Alianza Editorial

Gimeno, A (1999) La familia: el desafío de la diversidad. Barcelona: Ariel

Gracia Fuster, E, Musitu Ochoa, G. (2000) Psicología social de la familia. Barcelona: Paidós

Ibáñez, T. (Comp.) (1989) El conocimiento de la realidad social. Barcelona: Sendai

Ibañez, Tomás (2001) Psicología social construccionista. México: Universidad de Guadalajara. pp. 104-109.

Jodelet, Denise (1986) La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En Moscovici, S. (comp.). Psicología Social. Barcelona: Paidós.

Levi- Strauss, C. (1956). La Familia. En Levi-Strauss, C., Spiro, M., & Gough, K.: Polémica sobre el Origen y La Universalidad de La Familia. Barcelona: Anagrama.

Moreschi, G. (2008) Adolescentes eternos: ¿por qué nunca se van de casa? (1ª ed.) Buenos Aires: Paidós

Pichon Riviere E (1981). El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología social. Bs. As., Nueva Visión

Roigé, X. (2006) Familias de ayer, familias de hoy: cambios y continuidades en Cataluña, Barcelona: Icaria Editorial S.A.

Wainstein, M. (2012). Familia, terapia y postmodernidad. Revista

Intersecciones, 2(4) Disponible en

http://intersecciones.psi.uba.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=126:familia-terapia-y-posmodernidad&catid=9:perspectivas&Itemid=1

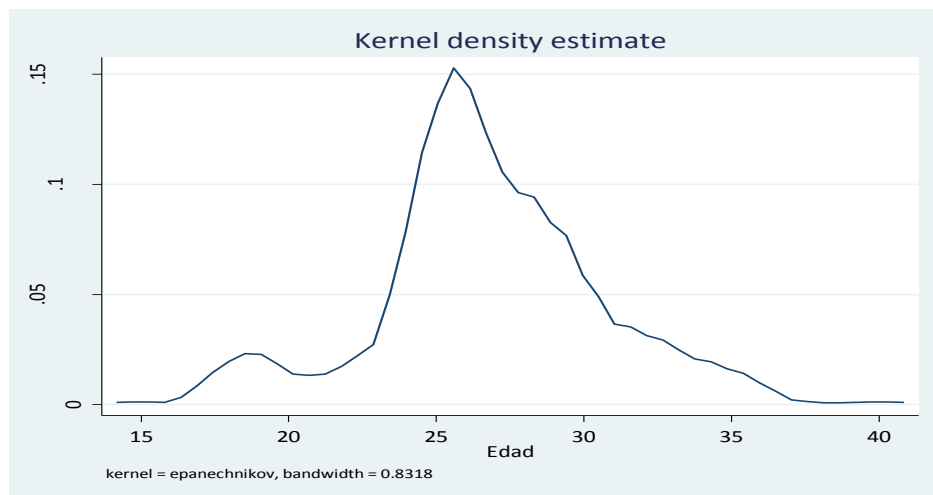
ANEXO 1

Encuesta a jóvenes

1. Características de la muestra

La encuesta se llevó a cabo en el segundo semestre de 2013 en el área de AMBA para el proyecto que busca indagar sobre los “Adolescentes tardíos” llevado adelante por el Instituto de Ciencias Sociales de UADE.

Respondieron 340 personas, de las cuales un 53% son mujeres y un 47% varones. La edad promedio de los respondientes es de 26 años, con un mínimo en 15 y un máximo en 40 años.



Se tomará como supuesto que una persona se gradúa normalmente a los 23 o 24 años, según la carrera. Por lo tanto para el análisis comparativo se tomarán dos subgrupos:

S1: los menores a 25 años y

S2: los de 25 y más años.

Del análisis de estos dos subgrupos se determinarán las características que podrían indicar si estamos en presencia de adolescentes tardíos.

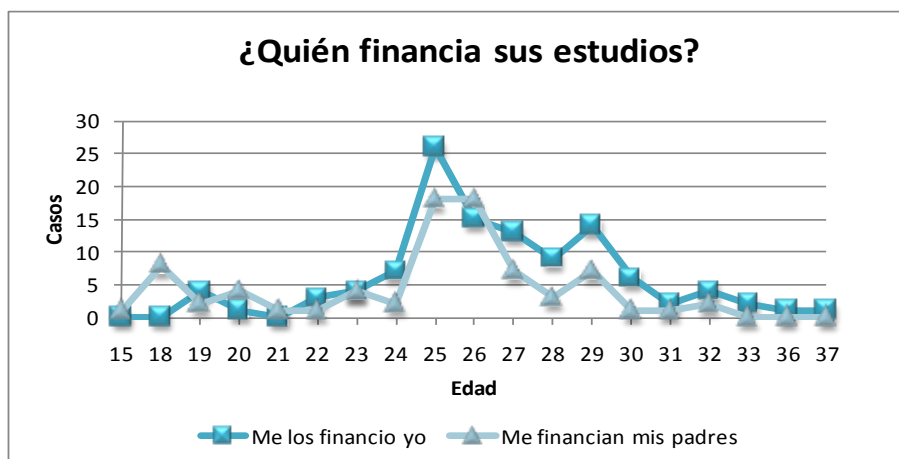
2. Sobre los estudios

Del total de la muestra un 59% estudia y un 41% no estudia. Dentro del grupo 1, menores de 25 años, el 75% estudia. Dentro del grupo 2, de 25 o más años, normalmente la incidencia de los que estudian es menor (teóricamente estarían ya graduados), sin embargo sigue siendo alta: 56% de este grupo estudia.

El 80% está siguiendo una carrera universitaria, el 11% una carrera terciaria, y el resto un posgrado u otro curso (idiomas por ejemplo). La distribución es similar entre ambos grupos.

En cuanto a quién financia los estudios, específicamente dentro del grupo de menores de 25 años, un 54,8% es financiado por sus padres, y un 45,2% se financia por su cuenta. Dentro del grupo de 25 o más años, un 36,1% es financiado por los padres y un 58,9% se financia por su cuenta. El restante 5% se financia con otros recursos o parte propia y parte los padres.

Se observa que hasta los 18 años son principalmente los padres quienes financian los estudios de sus hijos, y luego de los 26 años, son los hijos quienes principalmente se financian sus propios estudios.



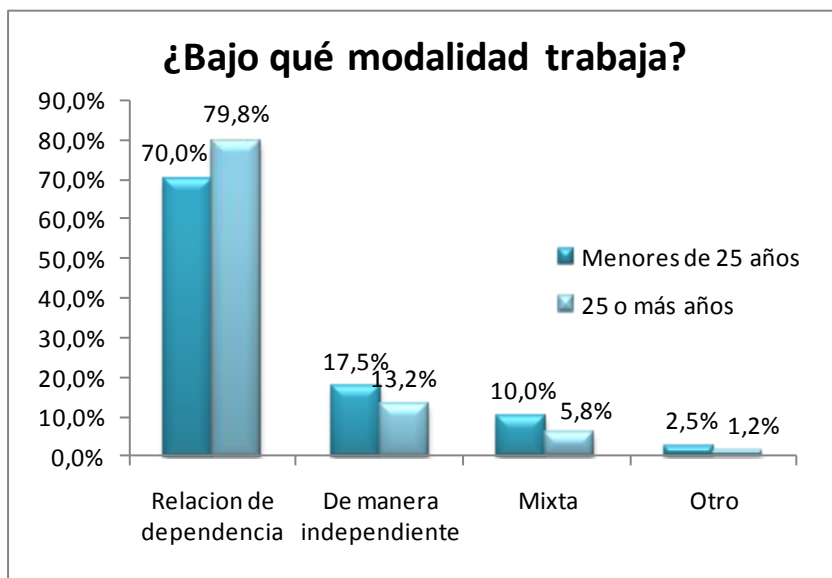
3. Sobre el trabajo

Dentro del grupo 1, el 71% trabaja y este porcentaje se eleva al 86% en el grupo 2, es decir aquellos de 25 o más años.

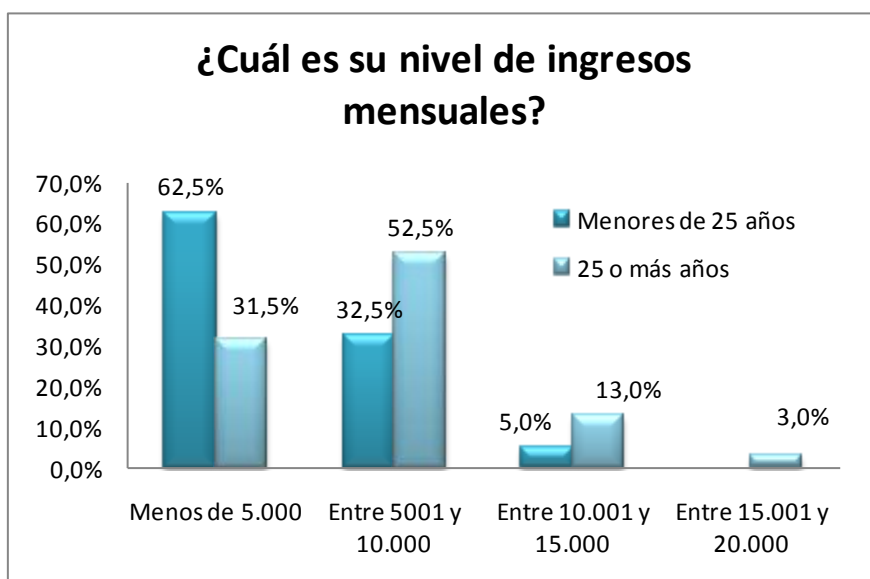
Dentro del total de jóvenes que trabajan, el 63,6% lo hacen full time y el restante 36,4% trabajan part time.

Dentro del grupo de menores de 25 años, la mayoría trabaja part time (52,5%). En cambio, para el grupo de 25 o más años, la mayoría trabaja full time (66,3%).

Respecto de la modalidad de trabajo, cerca del 80% (el 79,8%) de los jóvenes de 25 o más años lo hace en relación de dependencia, lo cual indica mayor estabilidad en algún sentido. En cambio para los menores de 25 años, la incidencia de la relación de dependencia es menor (70%), mientras que la modalidad “independiente” o “mixta” sumaría el 27,5%, lo cual podría ser señal de una mayor precariedad laboral.



El 62,5% de los jóvenes menores de 25 tiene ingresos mensuales menores a \$5.000. En tanto el 52,5% de los jóvenes de 25 o más años tiene ingresos en que superan los \$5.000 pero no superan los \$10.000.



De aquellos que ganan menos de \$5.000 al mes, un 72,3% considera que su familia tiene ingresos por encima de ese monto, un 16,8% considera que están igual y el restante 10,9% cree que su familia tiene ingresos por debajo. De aquellos cuyos ingresos superan los \$5.000 pero no los \$10.000, un 62,9% cree que su familia tiene ingresos por encima de ese monto; un 22,1% considera que están igual y el restante 15% cree que su familia tiene ingresos por debajo.

De aquellos que ganan más de \$10.000 pero no más de \$15.000, se reparte de forma equilibrada quienes creen que su familia gana más, menos o igual.

Del total de jóvenes que no trabajan, un 63% en promedio argumenta que es por decisión propia. En el grupo 1, los menores de 25 años, esta cifra se eleva al 87,5%, en tanto que desciende a un 53,5% en aquellos de 25 años o más. En éstos últimos un 34,1% argumenta a su vez no conseguir trabajo. Sin embargo, esta cifra se reduce al 9,7% si consideramos sólo a aquellos que realizaron búsquedas laborales en la semana de referencia.

Los que no trabajan obtienen sus ingresos en mayoría de sus padres (77%), el resto de ahorros propios (11%), alquileres (5%) u otras fuentes (7%).

4. Sobre la ayuda económica de los padres

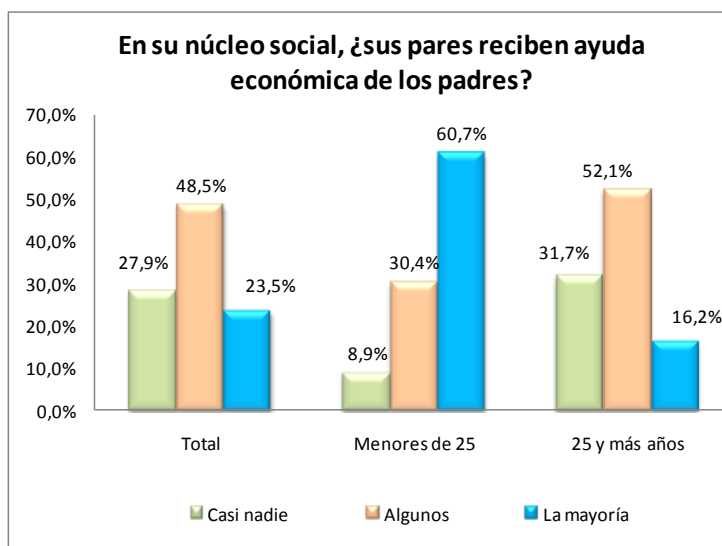
Un 45,3% declara recibir ayuda económica de sus padres, es decir menos de la mitad del total de encuestados recibe ayuda de sus padres. Sin embargo, en el grupo de menores de 25 años, más de la mitad recibe ayuda de sus padres (67,9%) y en el grupo de 25 y más años, menos de la mitad (40,8%).

A su vez, dentro del núcleo social de los menores de 25 años la mayoría (60,7%) recibe ayuda económica de sus padres. En tanto para los mayores de 25 años, esta cifra se reduce al 16,2%. En tanto que un 31,7% dice que casi nadie.

Sin embargo sigue resultando llamativo que dentro del grupo de mayores de 25 años, un 52,1% responde que algunos sí reciben ayuda.

Cuando se indaga, dentro de los jóvenes que reciben ayuda si creen que sus padres tienen la obligación de ayudarlo porque Ud. es su hijo, la respuesta es que sí en casi un 40% de los casos (39,5%), y un 60% responde que no. Pero aún en el grupo de 25 y más años, hay un 30,2%, que responde que sus padres tienen la obligación de ayudarlos (el restante 70% responde que no).

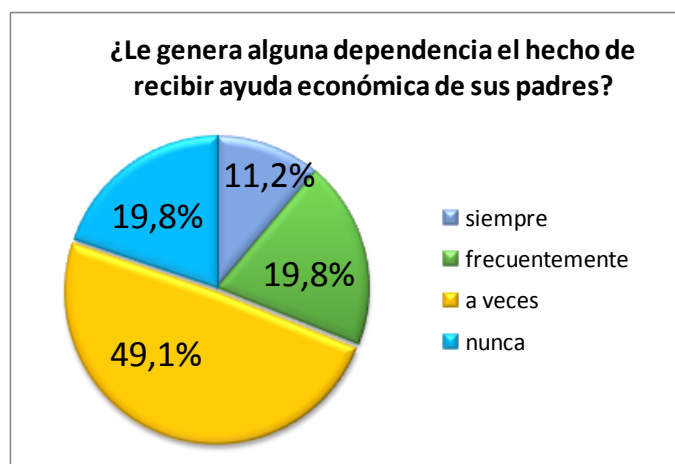
¿Son estos los adolescentes tardíos o eternos adolescentes?



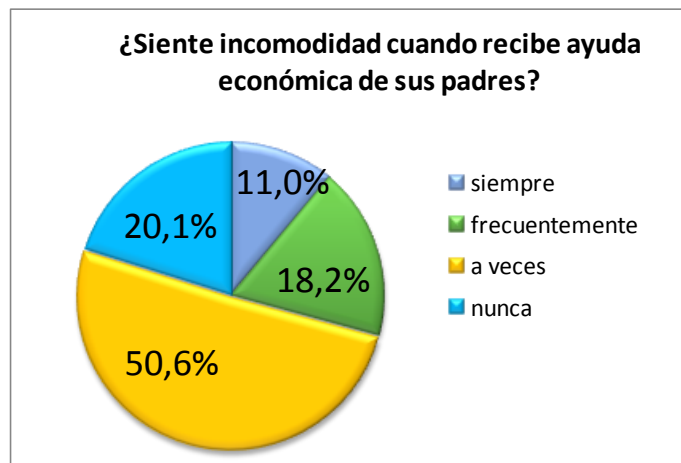
Cuando se indaga cómo perciben estos jóvenes la ayuda de sus padres, tenemos que el grupo de 25 años o más años pareciera más consciente que los menores de 25, de que esta ayuda que reciben afecta el bienestar de sus padres. La respuesta fue que un 29,3% cree que sí afecta el bienestar de los padres, en los de 25 y más años y la cifra se reduce al 23,7% en los menores de 25.

Es llamativo notar que en el grupo de 25 o más años el 53,4% responde que sus padres nunca le reprochan esta ayuda. En cambio, el 52,6% de los menores de 25 años, responden que a veces o con frecuencia, sus padres le reprochan esta ayuda (42,1% +10,5% respectivamente).

Por otra parte cuando se indaga sobre cómo se sienten estos jóvenes al recibir ayuda, sólo un 19,8% responde que no siente que esto le genere alguna dependencia. El restante 80,2% responde que sí le genera algún tipo de dependencia, ya sea a veces, frecuentemente o siempre. Este comportamiento es similar en los dos grupos de edad.



Alrededor de un 79,9% de los jóvenes manifiesta sentir algún tipo de incomodidad al recibir ayuda económica de sus padres (siempre, frecuentemente o a veces). Sólo un 20,1% manifiesta no sentir nunca incomodidad. Es de notar que el grado de incomodidad es creciente con la edad (de 71,1% al 82,2 al cruzar la barrera de los 25 años).



Respecto de hasta cuándo creen los jóvenes que los padres debieran ayudarlos, existen diferencias por grupos de edad. Los jóvenes menores de 25 años manifiestan que los padres debieran ayudar a los hijos económicamente hasta que consigan un trabajo (34,2%) seguido de “hasta los 21 años” (26,3%). Dentro del grupo de “25 y más años”, el 29,3% manifiesta que deben ayudarlos hasta que terminen la carrera y un 25,9% manifiesta hasta que consigan un trabajo.

A su vez el 58,4% de los jóvenes manifiesta que recibir ayuda económica de los padres coarta su libertad en otras áreas. Esta coerción se siente con más intensidad entre los más jóvenes (63,2% vs. 56,9%).

¿Hasta cuando cree que los padres debieran ayudar a sus hijos económicamente?	Menores de 25 años	25 y más años	Total
hasta los 18 años	2,6%	7,8%	6,5%
hasta los 21 años	26,3%	9,5%	13,6%
hasta que se vayan del hogar natal	18,4%	18,1%	18,2%
hasta cuando consigan un trabajo	34,2%	25,9%	27,9%
hasta que terminen la carrera	15,8%	29,3%	26,0%
hasta que formen una familia	2,6%	1,7%	1,9%
toda la vida	0,0%	7,8%	5,8%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

5. Sobre la vivienda

El 78,6% de los jóvenes menores de 25 años viven con sus padres. Este porcentaje se reduce al 51,4% para los de 25 o más años, es decir que aún en este grupo etario, la mayoría continúa viviendo con sus padres. Los hogares donde viven estos jóvenes, en general tienen entre 4 y 5 miembros en promedio.

Más de un 40% de los jóvenes, independientemente de la edad, manifiesta que le gustaría irse de la casa de sus padres porque le daría más independencia

Dentro de los menores de 25 años, algunos dicen que cuando sean más grandes (27,5%) y otros que no por ahora (22,7%). Dentro de los de 25 y más años, un 20,5% también manifiesta que no por ahora y un 17,1% que lo antes posible. Es de notar que la incidencia de quienes responden que por ahora no se quieren ir porque están cómodos, es más alta entre los de 25 y más años, que entre los más chicos (7,5% vs, 4,5%).

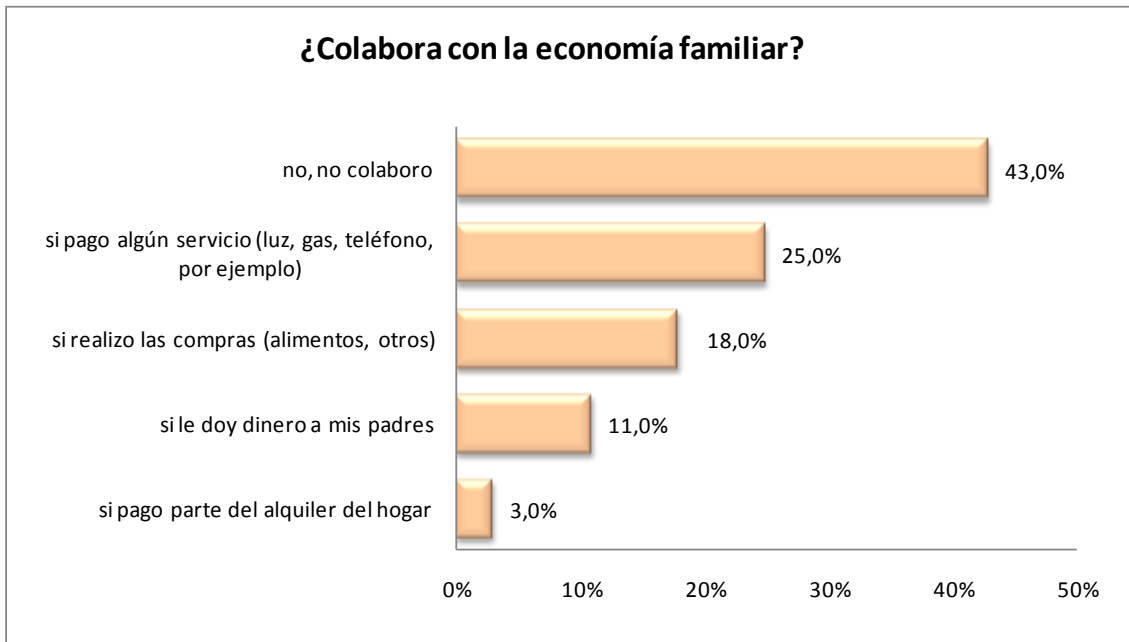
¿Le gustaría irse de la casa de sus padres?	Menores de 25 años	25 y más años	Total
si porque me daría más independencia	40,9%	42,5%	42,1%
si pero cuando sea más grande	27,3%	12,3%	15,8%
si lo antes posible	4,5%	17,1%	14,2%
no por ahora	22,7%	20,5%	21,1%
no porque estoy muy cómodo/a	4,5%	7,5%	6,8%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

Los más jóvenes colaboran más en las tareas domésticas que aquellos de 25 o más años.

Un 38,6% dice que colabora bastante. En cambio este porcentaje se reduce a 21,2% en los de 25 o más años. En este grupo el 43,8% dice que colabora poco.

¿Colabora con las tareas domésticas?	Menores de 25 años	25 y más años	Total
si bastante	38,6%	21,2%	25,3%
si pero poco	38,6%	43,8%	42,6%
casi nada	18,2%	28,1%	25,8%
no colaboro en absoluto	4,5%	7,5%	6,8%
Total	100,0%	100,0%	100,0%

En cuanto a la economía familiar, un 43% manifiesta no colaborar en absoluto. En tanto un 57% colabora de alguna u otra manera.



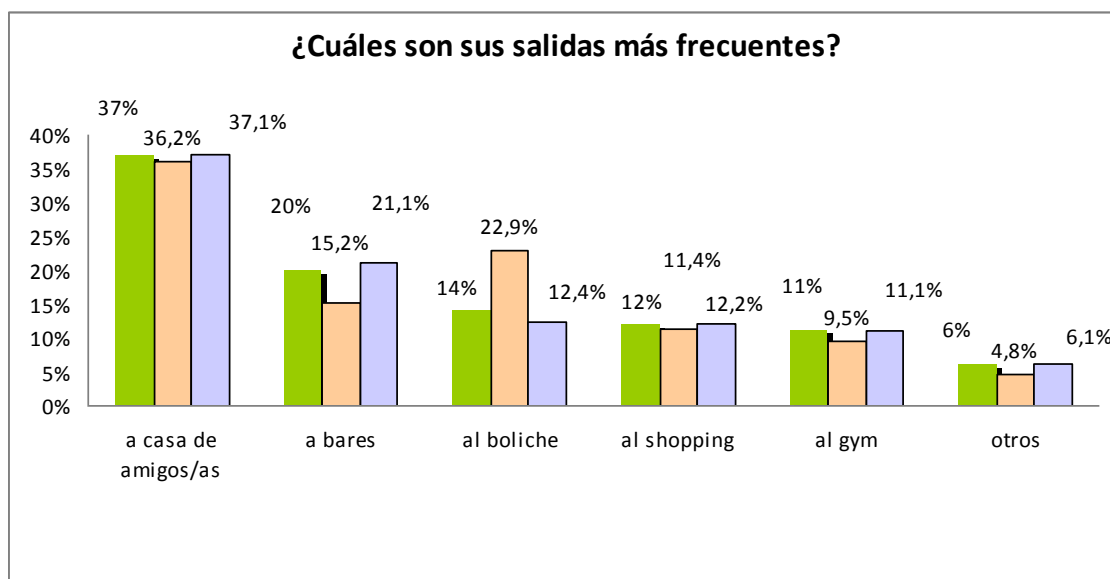
Los jóvenes que no viven con sus padres, en su gran mayoría de más de 25 años (alrededor de un 90%), alquilan mayoritariamente (65,2%). Otros tienen vivienda propia 27,5% y una minoría tiene una vivienda prestada (7,2%).

Dentro de los jóvenes que no viven con sus padres, el 50% de aquellos que son menores de 25 años recibe ayuda de sus padres para la vivienda, en tanto que dicho porcentaje se reduce al 40% cuando los jóvenes pasan los 25 años (el 60% de los de 25 y más años no recibe ayuda de los padres).

6. Sobre la percepción y los gustos

Cuando se les pregunta a los jóvenes si se sienten independientes, el 70% de los jóvenes de menos de 25 años responde que sí, y el 80% de los de 25 y más años, responde también que sí.

Cuando se indaga sobre las salidas más frecuentes, en ambos grupos de edad, alrededor del 37% responde que es a casa de amigos/as. En tanto, dentro del grupo de menores de 25 años, la segunda salida más frecuente es a boliches (22,9%), y para los de 25 y más años, es a bares (21,1%). Luego el comportamiento es aproximadamente similar en cuanto a gustos.



En cuanto al consumo y el financiamiento, se les preguntó a los jóvenes, independientemente de su edad, si utiliza determinados bienes y en tal caso quién los financia, aclarando, cuando sea significativo, las diferencias por edad.

¿Utiliza los siguientes bienes?	si y lo pago yo	si y lo pagan mis padres	si y lo paga alguien más	no lo utilizo
Celular	72%	22%	4%	2%
Internet en casa	43%	49%	4%	4%
Prepaga	39%	28%	10%	23%
Gimnasio	38%	9%	1%	51%
Vacaciones	65%	19%	5%	11%
Salidas	84%	10%	2%	4%
Ropa	82%	16%	1%	1%
Zapatillas de marca	64%	14%	1%	21%
Cosméticos	80%	14%	2%	4%
Peluquería	71%	10%	1%	18%
Estudia	54%	41%	4%	2%

En cuanto al celular, un 72% afirma pagarlo por su cuenta y un 22% declara que este gasto lo financian sus padres. Sin embargo, dentro del grupo de hasta 25 años, sólo un 54% lo paga por su cuenta y en un 38% son los padres quienes financian este gasto.

En el uso de Internet en casa, para los menores de 25 años, en un 71% lo financian sus padres. Para los de 25 y más años, en un 47% lo financian por su cuenta y es llamativo que en un 44% también lo siguen pagando los padres.

En cuanto a medicina prepaga, para los jóvenes menores de 25 años, los padres financian en un 52% de los casos el gasto, un 22% declara no utilizarlo, un 11% pagarlo por su cuenta, y un 11% “alguien más” generalmente asociado al trabajo. Para los de 25 y más años en cambio, un 45% la paga por su cuenta, un 23% dice que se la pagan los padres, un 22% no la utiliza y un 10% la tiene por “alguien más”, suponemos asociado al trabajo.

Respecto del gimnasio, más de la mitad declara no utilizarlo. Para aquellos que lo utilizan, el 40% lo paga por su cuenta, si son mayores de 25 años y aún un 7% recibe este gasto de los padres. Dentro de los de hasta 25 años, un 20% recibe este gasto de los padres, y en cambio, un 27% lo paga por su cuenta.

En cuanto a las vacaciones, un 69% de los de 25 o más años, las financian por su cuenta, y un 16% las obtienen de sus padres. Mientras que un 10% no se va de vacaciones y un 5% las tiene de otras fuentes. Para los de menos de 25 años, un 43% las pagan por su cuenta, un 34% la obtienen de sus padres, un 16% no se va a ningún lado, y un 7% las obtienen de otras fuentes.

Respecto de las salidas, un 87% de los jóvenes de 25 o más años, las paga por su cuenta. Aún así un 7% recibe dinero de sus padres para salir. Dentro de los menores de 25 años, un 23% recibe dinero de sus padres para salir, y un 71% lo paga por su cuenta.

En cuanto a la indumentaria, el 85% de los jóvenes de 25 o más años, se compra su propia ropa y un 67% se compra sus propias zapatillas de marca. Alrededor de un 13% recibe financiamiento de sus padres para la ropa y 11% para las zapatillas. Dentro de los menores de 25 años, un 66% compran su propia ropa y un 50% sus zapatillas de marca, en tanto que en un 32% y 29% respectivamente obtienen el dinero de sus padres para tales fines. En el caso de las zapatillas, en ambos grupos de edad, un 20% declara no utilizarlas.

En lo que respecta al arreglo personal, el 81% de las encuestadas de 25 o más años declaran comprar sus propios cosméticos y aquellas de menos de 25 años, lo hacen en un 74%. En tanto que en el primer grupo un 13% recibe ayuda de sus padres, y en el segundo (los de menos de 25 años) en un 20% (cabe aclarar que los resultados están ajustados, excluyendo a los varones para tener una mayor representatividad de quienes realmente no usan cosméticos). En cuanto a la peluquería, alrededor de un 70% paga los gastos por su cuenta (66%, 72%) siendo que los menores de 25 años reciben en un 18% dinero de sus padres y ese porcentaje se reduce al 8% para los de 25 o más años. Entre un 16% y un 18% en ambos grupos afirma no utilizar este servicio.

En cuanto a la gente que estudia, se obtuvo que dentro de los menores de 25 años, los estudios son financiados en un 50% de los casos por los padres y en un 38% por los mismos

jóvenes. Este patrón se invierte para los de 25 y más años, siendo en un 58% de los casos ellos quienes pagan sus estudios y en un 39% los padres. Cuando responden que lo financian otros o no lo usan, aluden en algunos casos a financiamiento de la empresa o no tener gastos por no haber matrícula/cuota (sólo consideró dicho gasto y no los gastos totales).

ANEXO 2

Encuesta a padres

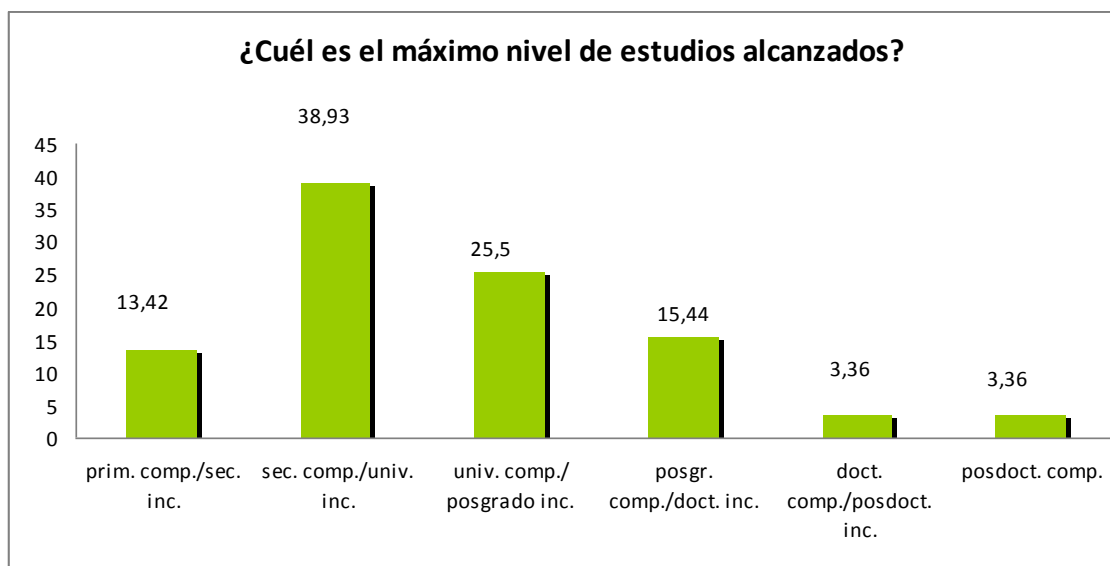
1. Características de la muestra

La encuesta se llevó a cabo en el segundo semestre de 2013 en el área de AMBA para el proyecto que busca indagar sobre los “Adolescentes tardíos” llevado adelante por el Instituto de Ciencias Sociales de UADE. Respondieron 191 personas.

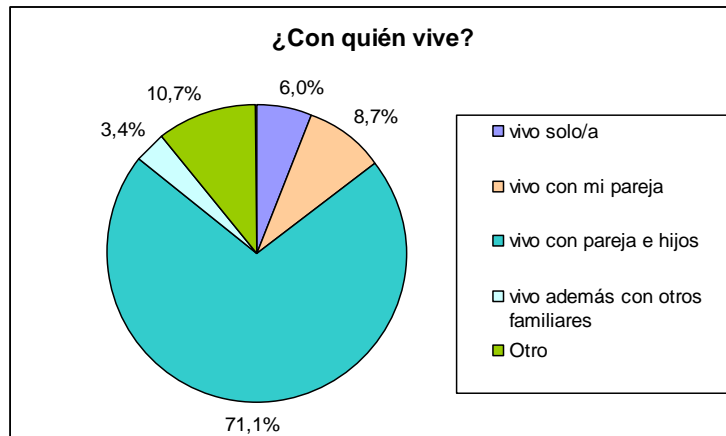
Sin embargo, la edad mínima de los respondentes es de 18 años y la máxima de 70, por lo cual se debe ajustar la muestra, para considerar padres de hijos adolescentes. Luego, se quitan los casos menores de 35 años, teniendo en cuenta patrones culturales de edad media de nacimiento de los hijos y todos aquellos que responden que no tienen hijos adolescentes.

Luego, la muestra se reduce a 149 casos de los cuales un 54,4% son mujeres y un 45,6% son hombres. La edad media de la muestra es de 54 años, con un mínimo de 35 años y un máximo de 70 años.

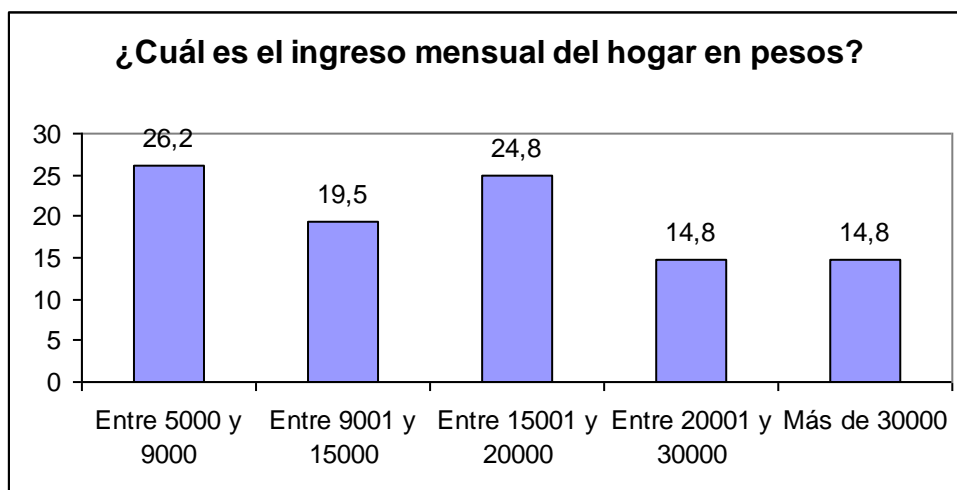
La mayoría tiene al menos estudios secundarios completos o universitarios incompletos (38,9), seguidos de universitarios completos (25,5%) e incluso de posgrado (15,4%), superando en todos los casos a los de estudios primarios o secundarios incompletos (13,4%).



Los encuestados tienen en un 91,2% de los casos vivienda propia, en un 71,1% de los casos viven con la pareja y los hijos, es decir la “familia tradicional”.



El 70,4% de la población acumula ingresos mensuales de hasta \$20.000, aunque hay diferencias según la composición del hogar, siendo por ejemplo que en el 44% los hogares unipersonales, los ingresos mensuales no superan los \$9000.

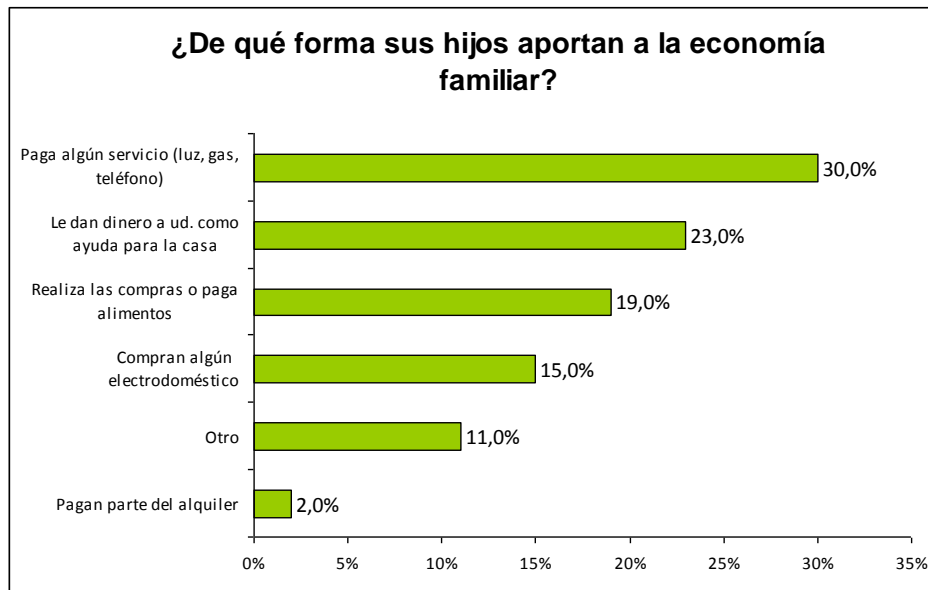


2. Sobre el aporte de los hijos

El 74,50% de los hijos que viven con sus padres no aportan a la economía del hogar.

Dentro del 25,5% que aporta, principalmente pagan algún servicio como luz, gas o teléfono o les dan dinero a sus padres como ayuda para la casa.

A pesar de ello, sólo un 37% de los padres preferirían que los hijos vivan sólo (el 63% no lo prefieren), aunque el 50% de este grupo no realizó ninguna acción para ayudar a que los hijos se vayan del hogar, un 34,5% pensó en alquilarle un departamento y un 7,3% les sugirió irse a vivir con amigos.

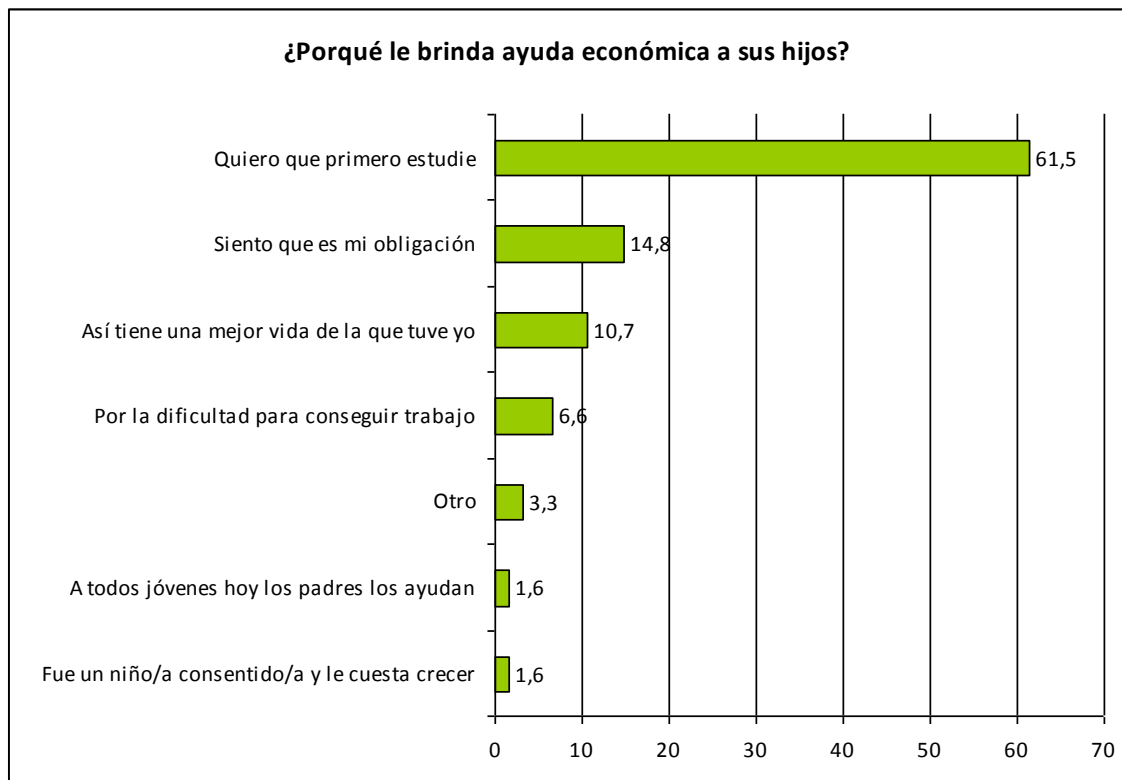


3. Sobre la ayuda de los padres

Del total de padres encuestados, el 82% del total declara ayudar a sus hijos, aunque existen diferencias según los niveles de ingresos. Dentro del grupo de ingresos hasta \$9.000 mensuales, el porcentaje que ayuda a las hijos se reduce al 72%, y para aquellos cuyos ingresos mensuales están entre \$20 y \$30 mil, el 86% ayuda a los hijos, denotando cierto patrón entre la falta de ayuda a los hijos por limitaciones monetarias.

Sin embargo, dentro de los padres que no ayudan a sus hijos, un 70% declara que no lo hace porque los hijos trabajan y se arreglan solos. El restante 30% se divide en partes iguales entre quienes no ayudan por razones económicas y entre quienes no ayudan porque ya son grandes. Entre las razones para ayudar a los hijos, la mayoría de los padres (61,5%) argumenta que los ayuda porque quisieran que los hijos terminaran de estudiar. Un 14,5% argumenta que cree que es su obligación y un 10,7% porque quiera que los hijos tengan una mejor vida que la que tuvieron ellos.

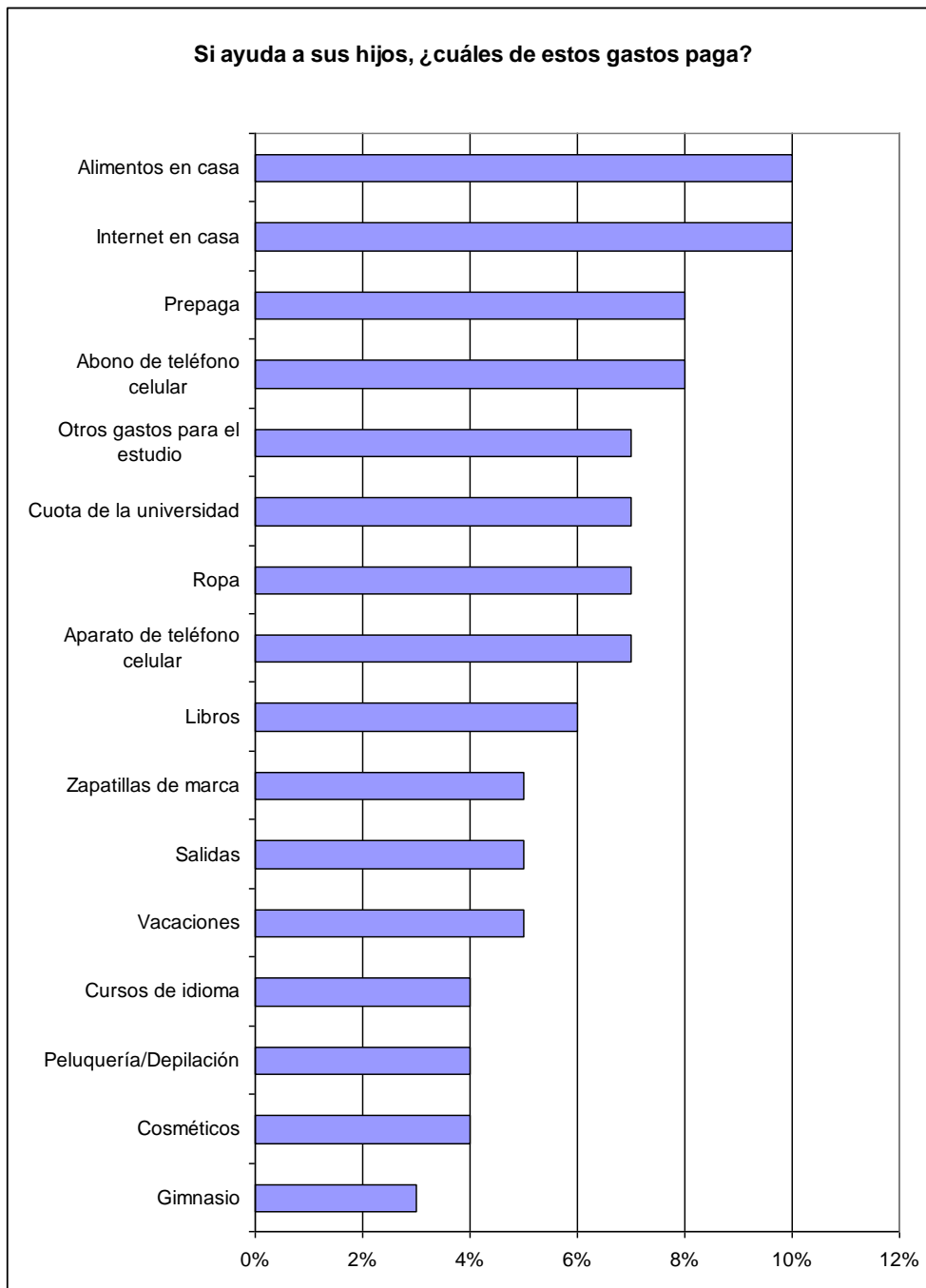
En el grupo donde los padres tienen ingresos mensuales menores a \$9.000, las opciones de que “de niño fue consentido”, o “a todos los jóvenes los ayudan” directamente ni aparecen.



Entre las formas de ayudar, el 57,4% del total de los padres que dan ayuda a sus hijos, le dieron una extensión de la tarjeta de crédito, y un 25% del total les dan una mensualidad fija (el 75% no da mensualidad fija). Eso implica que un 16% del total de padres que ayudan, les dan ambas cosas, extensión de tarjeta y también mensualidad fija.

Los padres también pagan algunos gastos con diferentes prioridades. En el grupo más prioritario están los Alimentos e Internet en casa, le siguen medicina prepaga y abono del celular (una forma de tener a los hijos “seguros?”), y luego, la cuota de la universidad, otros gastos para el estudio, ropa y el aparato del celular. Luego hay otros gastos de diferente importancia.

Cabe destacar que el 80% de los padres que ayudan económicamente a sus hijos siente que ellos los retribuyen afectivamente.



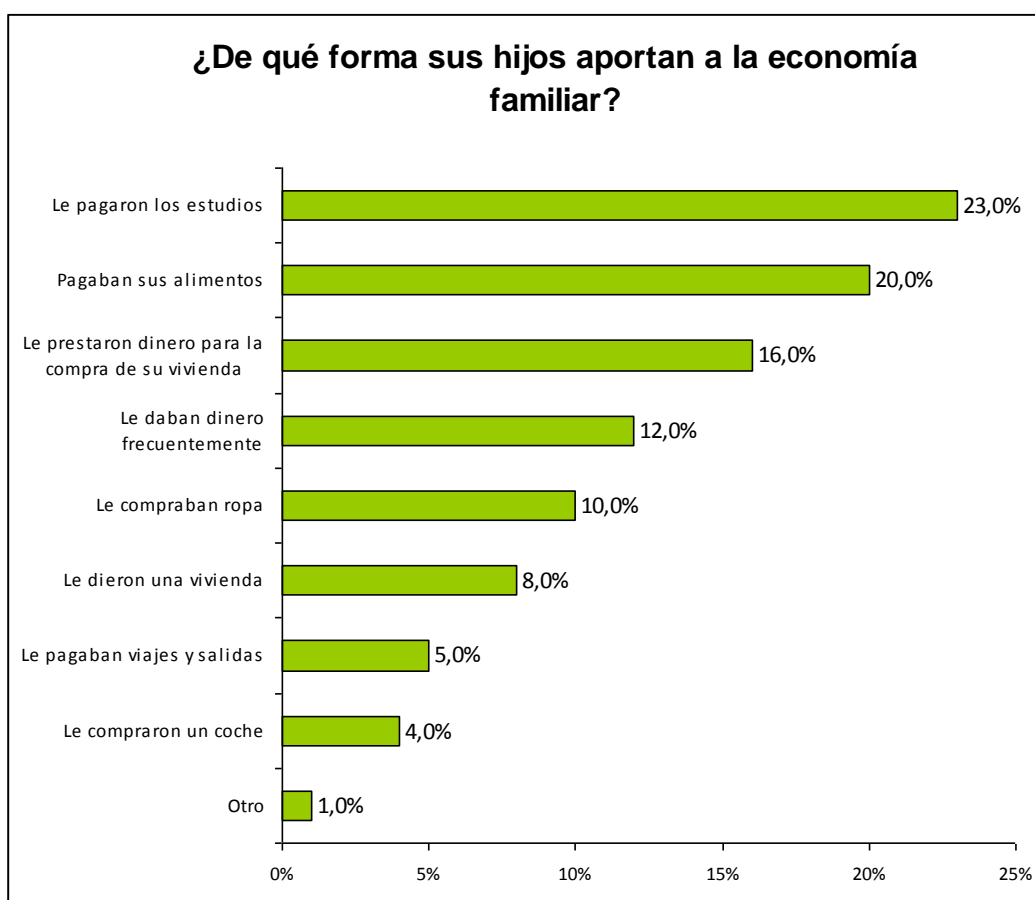
4. Sobre la historia personal de los padres

Alrededor del 61,8% de los padres que responden a esta encuesta, se independizaron de sus padres entre los 18 y los 22 años; un 17,5% se independizaron entre los 23 y los 25 años; y un 11,5% lo hizo entre los 13 y los 17 años. En cambio aquellos que se independizaron luego de los 25 y alrededor de los 30 años, representan el 9,4%.

Cuando se les pregunta los motivos que los llevaron a independizarse, el 46,3% argumenta que fue por decisión propia; el 44,3% afirma que fue porque así se dieron las circunstancias; un 6,7% argumenta otros motivos y el 2,7% dice que así se lo exigieron sus padres.

Cuando se les pregunta a los padres, si ellos recibieron ayuda de sus padres en los primeros tiempos, el 61,7% responde que sí, y el 38,3% dice que no recibió ayuda.

Dentro de los que recibieron ayuda de sus padres, al 23% les pagaron los estudios, al 20% les pagaban los alimentos y al 16% les prestaron dinero para la compra de su vivienda.



El 75% de los encuestados contestó que alcanzó el bienestar económico que esperaba y cuando se les pregunta sobre si pueden alcanzar económicamente las cosas que desea, el 73% responde que sí.

5. Sobre las expectativas para los hijos

Alrededor del 55% de los padres que responden a esta encuesta, cree que sus hijos deben independizarse alrededor de los 25 años; un 31% alrededor de los 21 años; y un 14% entre los 27 y los 30 años. Muchos argumentan que la edad debiera ser cuando terminen su carrera, otros dicen que no hay edad, sino que depende de las circunstancias.

En cuanto a las expectativas, que se reciban (26%), que formen una familia (26%) y que trabajen en algo que les guste (26%), tienen el mismo peso, quedando relegado que gane un buen salario (19%), u otro (4%).